



SOMBRAS
OSCURAS

ROMANCE OSCURO CON EL ALFA
ELENA ROMERO



SOMBRAS OSCURAS

Romance Oscuro con el Alfa



Por **Elena Romero**

© Elena Romero 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Elena Romero.

Primera Edición.

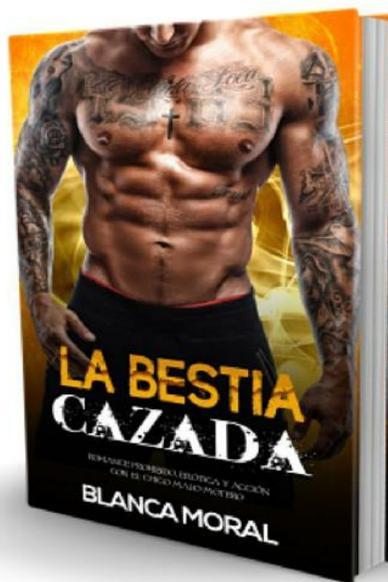
*Dedicado a Isabel y Jose,
por estar siempre ahí cuando los necesitaba.*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> [Haz click aquí](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

El comienzo

En la tierra se respiraba el más puro de los aires, el sol brillaba con toda su fuerza, los terrenos eran ahora más fértiles que nunca y ahora las cosas eran totalmente diferentes de cuando hubo la gran guerra nuclear ya casi 100 años antes. Los sobrevivientes se encargaron de una reestructuración completa y viajaron a las zonas que habían sido menos afectadas por los estragos y la destrucción.

Los ríos corrían sin contaminación y los animales convivían en sana paz con los humanos, se acostumbraron a vivir juntos, en comunión única sin presas ni cazadores. Todo trabajaba bajo un estricto orden y cada quién sabía cuál era su rol dentro de la nueva “República de la tierra”.

El viaje duró aproximadamente 50 años, donde sacaban un estimado del tiempo llevando la cuenta de los días y las noches. Algunos no llegaron al punto final y morían en el camino, dejando el destino para los más fuertes y jóvenes.

Por momento parecía un futuro inalcanzable, pensaban que perdían el tiempo buscando la tierra perfecta, donde se dieran plenamente sus cultivos y pudieran establecerse para seguir adelante, eran nómadas en busca del paraíso terrenal.

Muchas veces pensaron conseguirlo, pero, los cultivos morían por falta de agua pura o quizá porque la lluvia no había llegado nunca, todo lo sucedido en la guerra cambió hasta la manera en que llegaban los ciclos naturales, muchas veces las sequías arremetían tanto que hacían que sus nuevos habitantes se movieran de nuevo antes de morir.

Los agricultores sembraban lo más que podían y así guardaban para el consumo de cada uno y el colectivo, muchas de las cosechas eran cuantiosas, sobre todo al principio donde logaron tener una buena base para emprender su viaje sin retorno, el viaje sin caminos abiertos, el viaje hacia la paz que tanto les prometió su líder.

Idearon cajones con ruedas que llenaban con tierra fértil e iban siendo arrastrados por animales fuertes durante el viaje. Ahí llevaban frutos, verduras y legumbres con diferentes tiempos de gestación que iban rotando según las iban sacando para el consumo. Lo mismo se hizo con el agua que era repartida de igual manera entre todos.

Sin dudas, tiempos duros que tuvieron que pasar para poder llegar al punto donde hoy estaban, algunos, los más ancianos, aun recordaban esos momentos y terminaban con lágrimas en los ojos cuando lo contaban a sus nietos o a cualquier persona que estuviese interesada en la historia. Eran dos épocas totalmente diferentes que, en poco tiempo solo quedarían solo en cuentos y anécdotas en la mente de los más jóvenes que no lo vivieron.

La calidad de vida no era la mejor, pues su manera de vivir era aún algo precaria, solo que por primera vez en mucho tiempo tenían la esperanza de poder salir adelante, de tener una vivienda bien construida, de compartir con su familia en un lugar fijo, pero, primero debían construir de la mejor manera y con todas las comodidades que ellos nunca tendrían, el palacio del rey.

Cuando la idea comenzó a gestarse en un principio, saltó a la palestra un líder quien era médico y había ayudado a la gran mayoría de las personas. Su nombre era Miguel Ángel, él con su sabiduría y con los recursos que tenía pudo salvar la vida de quienes lo rodeaban, era un ser único entre todos, tenía el poder sanador y muchos lo acreditaron como un Dios, algún ser divino que había llegado del cielo a mantener vivas a las almas más necesitadas, a mantener la vida en la tierra antes de su extinción.

Los más católicos lo nombraron como el Arcángel debido a la similitud de su nombre y además por ser quien combatía las fuerzas del mal en forma de enfermedades, en lo que ahora era la tierra. Pero, muchos otros que no creían en la religión simplemente lo llamaban líder.

Mujeres, hombres y niños lo respetaban. Estaban a sus órdenes, aunque no era ese su plan, pero, las cosas fueron cambiando hasta el punto de que le brindaban la mejor de las atenciones, lo mantenían alimentado con los pocos alimentos que quedaban y lo llevaban con mucho cuidado, él era el salvador, y nadie podía tocarlo.

Quizá fue algo del momento, la desesperación de las personas por ver esperanza en cualquier punto o persona, lo cierto es que el respeto pasó a ser idolatría y se convirtieron en discípulos del hombre, del doctor salvador, del arcángel, del líder. No dejaban que hiciera nada que no tuviera que ver con medicina, los agricultores lo alejaban de la tierra para que sus manos no se maltrataran, de igual manera quienes se encargaban de las construcciones y de hacer todos los trabajos pesados.

Miguel Ángel no tardó en acostumbrarse a eso y entonces dedicaba su tiempo a leer los pocos libros que pudieron sobrevivir a los bombardeos, esos libros que parecían resurgir de entre las cenizas como el Ave Fénix y que

cada quien que los encontraba, se los daba con mucha esperanza. No eran solo de medicina, por supuesto, pero, él era quien tenía las ideas, era quien podría decir que hacer más adelante si surgía algo, y quizá en esos libros tenían las respuestas.

Asumió su rol y quizá, debido a todas las ventajas que tenía, lo hizo con gusto.

En esa época las enfermedades estaban más fuertes que nunca, estaban devorando a los que quedaron, era cada vez más crónicas debido a las faltas de medicamento y comenzaron a cavar fosas comunes para poder lanzar a los muertos y que no afectaran al resto. La población se redujo en un 30%, lo cual era alarmante, porque para poder seguir necesitaban hombres y mujeres sanas que pudieran fecundar y llevar todo a mejores tiempos.

Los pocos antibióticos que existían fueron usados en las personas más importantes, incluyendo al doctor, quien era primordial para todos. Eso no duró mucho, pues la dotación era muy pequeña y también se habían perdido muchos, solos esos quedaron en algunos bunkers y refugios subterráneos.

Era una mortandad y todo eso podría traer consigo más cosas malas, tanto a nivel físico como mental. Vivían entre ruinas y bebían agua contaminada, que trataban de sanar a través de la ebullición de la misma, pero, las bacterias eran más fuertes que eso. No tenían opción.

Una nube rojiza cubría todo el cielo y el sol no salía jamás, había mucha oscuridad y se mantenían con antorchas y fogatas permanentes en varios puntos de la ciudad. Algunas, personas usaban máscaras que habían encontrado o que tenían antes de la catástrofe, sobre todos a quienes tenían un alto poder económico y podían tenerlas en casa, pero, ahora no había clases, no había nada más que miseria.

Así fue como decidieron moverse buscando una salida de ese infierno, por supuesto la idea fue de Miguel Ángel.

—¡Amigos, tengo algo importante que decirles y espero contar con su apoyo!

El líder hablaba desde un segundo nivel de alguna construcción que, en otro tiempo, quizá fuese un edificio o una escuela. Abajo todos lo miraban con atención, algunos de pie, otros heridos, los niños más pequeños lloraban y las mujeres trataban de consolarlos. La imagen era muy deprimente.

—Estamos muriendo poco a poco y yo no podré hacer mucho más si no buscamos una alternativa.

—¡Eres un ángel, un salvador! ¡Tú todo lo puedes! —Gritó una mujer

desde la muchedumbre.

Ángel la miró y no dijo nada al respecto.

—¡Debemos movernos y evitar los focos de infección que hay aquí, también debemos irnos lejos de todos lo que ya están en las fosas y comienzan a descomponerse con rapidez!

Todos se miraron mutuamente y un murmullo se fue haciendo cada vez más fuerte.

—¡Escuchen, por favor!

Miguel Ángel levantó las manos pidiendo atención a quienes estaban presentes.

—La idea es construir carreta y usar los animales más fuertes que encontremos para llevarlas. La poca comida que hemos reunido entre todos se acaba, y debemos buscar tierra fértil para cosechar. Es esto o la muerte. Ustedes deciden.

Pocos dijeron algo, la mayoría tenía miedo, no sabía si era la mejor decisión, pero, tampoco se atrevían a contradecirla.

Un hombre descamisado, alto y fuerte que tenía una especie de herramienta improvisada, dio varios pasos hacia adelante y se arrodilló apoyándose en su instrumento de trabajo.

—¡Cuenta conmigo, rey!

Nadie lo había llamado así nunca. Era demasiado y Miguel Ángel iba a decirle que se levantara cuando vio que varios hombres empezaron a arrodillarse y agachar la cabeza frente a él. Era una señal de respeto que excedía lo que él esperaba.

Primero dos hombres, después 10, 20 y hasta las mujeres se incorporaron al clan. No todos lo hicieron, pero, sí quienes eran más importante para la comunidad, aquellos que trabajaban la tierra, que extraían el agua, los que construían refugios pequeños.

El hombre, ahora Rey, pensó que por el momento sería bueno eso, pero, las cosas en ese particular nunca más cambiaron, sería el Rey hasta el día de su muerte.

Entonces, a partir de ese día comenzaron con el éxodo masivo, todos trabajaron en pro de la salida y ahora estaban hasta esperanzados de encontrar tierras nuevas, donde pudieran estar mejor, de ese grupo de personas dependía la vida en la tierra.

Dos días más tarde, un hombre se le acercó a Miguel Ángel con mucho respeto y guardando siempre una distancia, nunca lo miraba a los ojos

directamente.

—Me presento ante ti, Rey. Soy Tomás Ruiz y soy militar de profesión, estuve en la guerra y estoy decidido a ayudarlo para la migración.

—Por favor, Tomás, sin tanto protocolo. Siéntate y explícame.

Tomás subió la mira y vio un hombre gentil y amable. Cosa que no se esperaba.

—Los bombardeos más fuertes fueron en el centro de la ciudad afectando un gran radio, pero, hacia el norte y el occidente las cosas pueden estar mejor. No niego que el camino será largo y fuerte, pero, valdrá la pena.

—¿Tienes algún tipo de mapa que pueda ayudarnos?

—Negativo, Rey. Los mapas se perdieron en el bombardeo.

Miguel Ángel lo miró con cautela.

—¿Por qué eres el único militar que está por aquí?

—Por cobarde, señor. Me fui a un refugio cuando empezó al bombardeo, estaba aterrado y pensaba en mi hijita. Ella no podía quedarse sin su padre, pero, de igual manera ella ya no está. Ahora estoy solo y necesito ayudar de alguna forma.

El hombre comenzó a llorar tímidamente.

—¿Cómo más no ayudarás?

—Mi mente es un mapa, señor. Conozco de memoria todas y cada una de las rutas de salida.

El ahora Rey se le acercó al firme Tomás y le puso la mano en el hombro derecho.

—Pues, entonces estarás aquí conmigo comandando todo eso. Confío en ti.

—Ya nunca más me acobardaré, señor. Ya no tengo nada que perder.

Entonces, se le ocurrió una idea en ese instante. Comandar a un grupo tan grande de personas podría ser difícil, sobre todo cuando las cosas se tornan tan duras en un tortuoso camino.

Envió a Tomás para que reclutara a los mejores hombres de la colonia y que los pusiera a comandar pequeños grupos de personas, harían un equipo entre todos y así controlarían mejor toda la situación, de manera sectorizada y sin problemas.

El día había llegado, observó como todos estaban decididos a empezar con la travesía que quizá durará más de lo que pensaban, pero, era mejor que estar ahí sin mover un dedo y que las cosas cada vez se pusieran peor.

Desde el mismo lugar de donde les había hablado, los observó con

cautela. Observó cómo cada uno de los que se había encargado de las carretas había hecho un muy buen trabajo, se veían resistentes y además parecían desplazarse sin mucho problema con grandes ruedas de madera. La mirada de las mujeres, sobre todo, parecían estar bajo la influencia de un sentimiento que sobrepasaba los límites de la esperanza, estaban dispuestas a lo que sea.

—¡Por una mejor vida!

Con esas simples palabras la muchedumbre explotó en júbilo, todos gritaron y alzaron sus manos. Dejarían atrás tanto dolor y miseria buscando una oportunidad.

Las cantidades de comida y agua eran iguales para todos. Nadie, además del Rey, tenía derecho a comer de más y a pesar de eso, Miguel Ángel cumplía su ración como todos los demás. No era nada fácil, pues el camino era largo y con facilidad se lesionaban cuando se les ampollaban los pies o simplemente caían exhaustos.

Entonces fue ese día cuando una mujer que iba caminando con mucha dificultad, cayó a los pies del Rey suplicando por un poco de agua. Con su caída se golpeó la cabeza y la tierra a su alrededor se tornó marrón debido a la sangre que le brotaba de una de las cejas que se había golpeado.

Inmediatamente Miguel Ángel la levantó y trató de ayudarla, todo veían atónitos, como la mujer había tenido la valentía de buscar al Rey para eso. Todos estaban en las mismas condiciones, solo que algunos eran más fuertes y resistían más.

Estaba desmayada, y la herida fue bastante grande, el hombre la tomó en sus brazos y de una mochila sacó algunas plantas que tenía guardadas para ese tipo de situaciones. Las aplicó con fuerza sobre la herida y en poco tiempo dejó de sangrar. Le apartó el cabello del rostro y vio que era hermosa, trato de mojarle los labios con algo de agua, pero, no había reacción, entonces la revisó más a fondo.

Estaba viva, solo necesitaba descanso.

—Hoy pararemos aquí, Tomás. Comunícalo al resto.

—Enseguida, mi Rey.

Tomás corrió lo más rápido que pudo para avisar a los otros jefes de grupo.

Miguel ángel no podía de mirar a la hermosa mujer y la dejó a su lado toda la noche hasta que despertó antes del amanecer, sobresaltada y sin saber en dónde estaba.

—Tranquilízate. Estás a salvo.

Ella miró un poco confundida, pero, sabía que no estaba alucinando. Estaba al lado del Rey.

—Toma, ten un poco de agua. Necesitas recuperarte.

La mujer lo tomó con desespero y él la detuvo.

—Poco a poco. Tu cuerpo necesita adaptarse de nuevo.

Lo que comenzó como un llamado de ayuda se convirtió en más conversaciones durante el camino y un desenlace inesperado. Así como muchos de los niños estaban naciendo en el camino, el Rey había encontrado a su reina y se casaron en una ceremonia improvisada donde todos conocieron a la reina, aunque ella prefería que no la llamaran así.

Nadie estuvo en contra, aunque muchos la vieron como una aprovechada, pero, al final se acostumbraron a la idea y siguieron su camino ahora con una líder que ayudaba muchísimo a las mujeres, lo bueno, es que tenía el alma tan pura como el Rey, era tan buena persona como él y nunca se perdió el equilibrio que traían.

Juntos caminaron con su pueblo y con las esperanzas intactas de encontrar la tierra que tanto estaban buscando.

II

Encontrando la tierra

La comunidad estaba acoplada, todos trabajaban sin descanso y cada vez estaban más sanos, se habían alejado bastante de zonas donde el clima no favorecía mucho y además también de toda la contaminación que había en la zona del bombardeo.

Paraban durante unos meses en zonas donde se podía conseguir agua y tierra fértil, después de sacar una buena cantidad de alimentos, seguían moviéndose. El rumbo realmente no estaba marcado, sería el tiempo y las situaciones los que lo definirían. Esperaban tan solo una tierra donde pudieran asentarse y tratar de salir adelante. Querían comenzar de cero, pues el mundo que una vez conocieron ya no existía.

Las familias comenzaban a multiplicarse y el Rey y la Reina no estaban fuera de eso. Ella dio a luz a un pequeño niño que nombró de inmediato Miguel II, cosa con lo que su padre estuvo de acuerdo, él tendría sobre sus hombros el legado de todo esto que se estaba haciendo por el bien de todos. Viviría bajo la lupa de su padre quien le enseñaría a llevar las cosas con cautela y sobretodo en paz.

Todos llevaron regalos al niño días después de su nacimiento, estaban felices de verlo, no muchos se atrevían a tocarlo a acercársele mucho, parecía que el niño tuviera a su alrededor un aura que lo protegería de todo lo malo, pero, quizá eran cuestiones más de imaginación que cualquier cosa.

Pero, las cosas debían continuar, ahora con más fuerza y más velocidad porque el heredero estaba presente y nada podría faltarle a él. Definitivamente las creencias y la confianza de las personas por el rey Miguel Ángel era algo que iba más allá de lo normal, el hombre se lo había ganado, pero, también estaba más inspirado que nunca en conseguir la tierra que tanto estaba buscando.

Durante los próximos meses, ya cuando el bebé estaba más fuerte y podía viajar, las cosas se pusieron muy difíciles. El clima arremetió fuertemente contra todos, entraron en un periodo donde había muchas lluvias y los resfriados se pusieron de moda. Todos estaban pasando por un momento en donde estaban muy decaídos, pues, no se sentían del todo bien de salud.

Paraban con más frecuencia, pues hasta los hombres más fuertes habían caído enfermos. Para Miguel Ángel esto era muy preocupante, él preparaba

todos los días las plantas para hacer bebedizos calientes y así mantener estables a todos los que podía, pero, cada vez eran más los afectados.

Fue una dura temporada y solo una persona murió, lamentable igual, pero, la baja había sido mínima. Los retrasó mucho en su viaje y no les dejó más alternativa que encontrar un sitio para refugiarse hasta que todos estuviesen mejor y poder seguir adelante, no había para más.

Así fueron abriéndose camino, siguieron insistiendo sin decaer, sabían que las enfermedades llegarían, que el cansancio los afectaría más fuerte cada noche, que las cosas se pondrían cada vez más difíciles, pero, los niños que los rodeaban eran la esperanza más marcada.

Ellos debían ser bien educados y preparados para que pudieran estar conscientes de lo que les esperaba, ellos eran los que seguirían dando el mayor esfuerzo para que la vida en la tierra siguiera su rumbo, serían la semilla para futuras generaciones. Era en ellos que estaban todas las apuestas.

Por eso, dentro de lo difícil que era mantener a un bebé dentro de todo ese caos, las mujeres no dejaban de concederlos, siempre buscaban la forma de mantener a la familia con el mayor número de descendientes y en algún momento cuando ninguno de los que empezaron esto estuvieran, serían ellos aún más, en cantidad y en conocimientos.

Esa era la razón para trabajar más fuerte, pero, siempre tratando de hacer las cosas más cómodas para que las mujeres pudieran viajar con sus niños recién nacidos, para abrigo del clima, para mantenerlos completamente sanos.

Consiguieron métodos para poder llevar las cosas con mayor facilidad, las carretas ahora tenían mejores ruedas y prácticamente el esfuerzo por moverlas era mínimo, también los alimentos duraban mucho más en un tipo de conservador improvisado, pero, muy bueno. Y así fueron resolviendo durante un largo periodo.

Esto les permitió tener más tiempo para seguir planeando estrategias nuevas que los ayudaran a llegar lo más lejos posible, hasta la tierra que les diera los alimentos y el río que les quitara la sed, a veces parecía una mentira con la que querían vivir, para tener una razón y seguir sin parar.

Pero, por otro lado, también había cosas malas.

Comenzaron a sepultar a quienes por vejez o alguna otra razón morían en el camino, hacían una pequeña ceremonia y seguían siempre con la tristeza de la familia en sus espaldas, pero, así era la vida, es lo único seguro cuando las personas nacen y nadie puede escapar de eso. Al menos ahora tenían una

despedida decente.

Ahora todos eran como una gran familia, nadie era más que nadie, ninguno se sentía por encima del otro, estaban tan unidos como se podía y se sentía una gran hermandad, luchaban por la misma causa y todos estaban siguiendo a sus reyes. Desde el cielo podían verse caminar en armonía, se sentía en el ambiente que todos estaban mejor, que quizá las peores cosas ya habían pasado.

Ya el camino se había hecho casi que infinito, cuando por fin llegaron a un lugar habitable, con grandes fuentes de agua y un terreno muy fértil, muchos pensaron que nunca estuvo habitado, pues no había señales de civilización, pero, parecía perfecto. Probaron por un tiempo y todo seguía de manera maravillosa, estaban felices en ese lugar y comenzaron la edificación de sus primeras viviendas permanentes.

Estaban rodeados de mucha agua con ríos conectados entre sí y también de una vegetación muy verde, se podía notar con facilidad que había un periodo de lluvia estable. Los árboles parecían milenarios y estaban llenos de vida, tendrían que trabajar bastante en el terreno para aplanarlo, aunque uno de los primeros mandatos de Miguel Ángel era mantener la zona lo más parecida a como la encontraron.

La idea era permanecer en armonía con el lugar, que la naturaleza no se viera tan afectada por lo que ellos pudieran hacer, era hora de cambiar todo eso que generaciones pasadas habían hecho. Todos estuvieron de acuerdo y así fue como lo hicieron.

El rey decidió que si las cosas seguían como estaban, pues seguirían ahí y el tiempo y el destino se encargarían del resto. Fueron casi 20 años viajando, pasando por las peores tempestades, creyendo que nunca llegarían, casi 20 años donde vieron caer a sus seres queridos donde ya muchos de los niños eran adolescentes y las caras de la comunidad habían cambiado mucho, pero, todo eso era parte del ciclo, era parte de lo que esperaban, al fin y al cabo, no eran una sociedad sin conocimientos, eran una sociedad avanzada que estaban pasando por un momento difícil. Ahora sí vendría lo mejor.

El trabajo avanzaba mucho más rápido con hombres y mujeres que estaban mejor alimentados, más descansados y por supuesto con más fuerzas. Las edificaciones comenzaban a tener forma, se comenzaron a improvisar algunas tuberías para el agua, las hacían con madera, lo cual no sería duradero, pero, serviría para comenzar.

Por supuesto, el Rey y su familia ya tenían su lugar, fue el primero que

construyeron y lo hicieron con un muy buen diseño y bastante resistente a los embates de la naturaleza. Todo era hecho de madera y barro, claro, algunos de los que estaban presentes eran ingenieros y buscaron la manera de hacer ladrillos resistentes al agua y al sol, que se mantuvieran intactos la mayor parte del tiempo, eso lo combinaban con rocas para hacer bases inamovibles.

Dentro de la casa de los reyes se hablaba algo que no querían hacer público aún, y menos en este momento cuando las cosas estaban marchando cada día mejor. Miguel Ángel estaba bastante enfermo y solo él sabía de su gravedad realmente, su condición de médico lo hacía saberlo. Y entonces después de saber de su enfermedad, que con plantas no podría sanar, empezó a enseñar a su hijo todo lo que debía saber.

Las mezclas de las plantas, la forma de tratar al pueblo, la manera de hacer las cosas de la forma correcta. Eran simples consejos, pues ya Miguel Ángel II estaba bastante empapado en ese tipo de cosas, había visto todo lo necesario y estaba seguro de que algún día sería él el encargado de seguir con el legado de su padre.

La noticia se mantendría hermética hasta el punto en que ya no pudieran ocultarlo más, estaban dispuestos a mantener la calma de la población aún a costa de la vida de quienes todos adoraban. Pero, era lo más justo y necesario, no valdría la pena tener a la gente angustiada, y menos ahora que ya estaban en el lugar que tanto buscaron.

El tiempo diría que es lo que tenían que hacer.

Todo iba bastante bien en términos generales hasta que un día, en medio de la lluvia, uno de los más jóvenes llegó con algunas noticias que de seguro nadie esperaba.

Se paró en medio de la aldea, bien cerca de la casa del rey y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Oro! ¡He conseguido oro!

Todos salieron a ver qué era lo que decía el muchacho y algunos pensaron que estaba loco. La gran mayoría volvió a dormir y otros se rieron un poco.

El chico estaba con los brazos levantados y las manos en puños bien apretados, su padre salió a toda velocidad y llamó la atención del joven.

—¿Acaso te volviste loco? Estamos descansando y la casa del Rey está muy cerca.

—¡Oro, papá, es oro!

Todos sabían la importancia de eso, todos sabían cuánto valía, lo que les

extrañaba era como un chico que había crecido viajando con ellos estuviera tan emocionado por haber conseguido el mineral, quizá era la primera vez que lo veía.

Pero, resulta que el hombre parado a su lado había trabajado desde los 8 años de edad en minas de oro ilícitas y había contado a su hijo sobre el preciado oro de su época. Lógicamente hoy no tenía ningún sentido, ni tampoco tenía ningún valor dentro de la comunidad. En esta época valía tanto como un bloque de barro.

El rey, quien se asomó con cautela, llamó al muchacho y al hombre.

—Muéstrame donde lo conseguiste, hijo.

El muchacho estaba completamente empapado y además la emoción lo hacía hablar con una velocidad única, no paraba y aún estaba cansado por la carrera que había dado para volver al lugar. Parecía como si lo atravesara una corriente eléctrica.

—Estaba buscando algunas rocas en el río aprovechando que la lluvia las hace más visibles, entonces entre la tierra visualicé algo que brillaba, ya conozco el oro gracias a mi padre y rebusqué más hasta que me di cuenta de que había algunas piezas más grandes y las tomé para dar la noticia.

El muchacho hablaba mientras ponía el oro en una mesa de madera y trataba de apartarlo de la tierra húmeda. Estaba completamente concentrado en eso, sus ojos estaban abiertos como platos y su sonrisa era un poco maquiavélica, estaba cegado. Definitivamente él no había caído en cuenta del valor del mineral.

El padre estaba pensativo y veía el oro con desconfianza. No era algo normal.

Miguel Ángel se dio cuenta de eso y le preguntó.

—¿Qué piensas tú de esto?

El hombre se quitó el sombrero que le chorreaba de agua y lo tomó entre sus manos y pecho. Habló con mucho respeto.

Más adentro, Miguel Ángel II miraba la manera en que trataban a su padre y no entendía como un hombre tan bueno y que siempre había estado a la altura de los demás, era tratado de esa manera, con tal reverencia, con tanto respeto y fue ahí cuando aprendió el significado entre un líder y un jefe.

—Es extraño, mi Rey. Pocas veces el oro sale así en ríos y menos en estos de tanta profundidad, creo que es algo que deberíamos investigar. Todos sabemos que el oro no tiene ningún tipo de valor aquí, pero, ayudaría para hacer algunas cosas más resistentes y de mejor calidad. Eso si hay la

cantidad suficiente.

Hubo un minuto de silencio.

—Sí, eso pienso. Pero, entonces te voy a encargar de una comisión para que vayan a ver qué es lo que sucede por allá, tú serás el jefe de la misma, ya que, tienes la experiencia. Junta a algunos hombres y cuando la lluvia cese un poco mañana, irán hasta el lugar que les indique el muchacho.

El Rey le sonrió al chico y le alborotó un poco el cabello sacándole algunas gotas de agua justo cuando él se disponía a darle al Rey el tesoro encontrado. Lo iba a hacer sin muchas ganas, pero, pensó que sería lo correcto.

—Oh, no. Eso es tuyo.

El joven se levantó feliz y salió corriendo hasta su casa. Antes de que el Rey cambiara de opinión, o algo así.

—Disculpe, Rey es un muchacho joven y está emocionado por...

El hombre trató de disculparse por la actitud de su hijo. Le pareció una falta de respeto.

—No te preocupes. Busca a los hombres que más creas convenientes y haz lo que debas hacer con eso.

El hombre salió avergonzado, pero, con una misión que cumpliría a plenitud, era por el Rey y por su comunidad. La noche siguió en plena calma, nadie hablaba y siguieron durmiendo sin ningún problema.

Al día siguiente el sol estaba brillando lo más que podía y Anselmo, el encargado de la misión estaba con 4 hombres más y su hijo, sirviendo como guía y dispuestos a ver qué era lo que había en esos ríos. Se sintió lleno de energía y halagado por llevar a cabo esa encomienda, de él dependía algo muy importante.

La caminata fue corta y en poco tiempo llegaron hasta el lugar que les indicó el muchacho.

—¡Por aquí, por aquí!

El río corría hacia el sur y no parecía haber indicios de explotación, pero, la manera en como el material estaba regado indicaba que había más en un lugar cercano.

La hierba era espesa y los árboles tapaban todo alrededor, miraron con calma esperando que Anselmo dijera algo, pero, el hombre parecía confundido, estaba como buscando una pieza faltante en el rompecabezas. Entonces, empezó a caminar por el río buscando la dirección en la que aparecían las pequeñas piezas de oro. Entonces apartaron las plantas y

saltaron algunas raíces enormes.

Entonces miraron un poco más allá y había algo que no parecía estar acorde con el lugar. Algo que se salía por completo de todo lo que había en la zona y siguieron caminando ya que lo habían advertido, los hombres y el chico estaban un poco nerviosos, pero, siguieron adelante.

—¡Allá! ¿Lo ves? —Indicó con su mano Anselmo.

Los otros contestaron con un movimiento de su cabeza.

Apartaron otras ramas y vieron lo que nunca esperaron ver.

III

Reinado de poder

Eran pocos los que recordaban la época del Rey del inicio, quizá los de más edad, pero en definitiva todos recordaban cuando Miguel Ángel II era quien los guiaba, era un hombre bueno, hecho a la medida de su padre. El pueblo lo quiso tanto que le construyeron una silla de oro y también todas sus vajillas, era aún más venerado que su padre y había hecho un trabajo excelente.

Aún estaba fresca la tierra del lugar donde lo habían enterrado, al lado de la tumba de su padre, una especie de mausoleo construido con oro y rocas de las montañas que fueron talladas con los nombres de ellos y puestas a sus cabezas. El sitio era visitado por todos a diario, le pedían que los cuidaran, que los guiaran y que todo se mantuviera en paz.

Lo cierto es que, desde muy pequeño, Miguel Ángel III actuaba de manera muy diferente a su padre y, por supuesto, ni cercana a lo que lo hizo su abuelo. Era un niño mimado que había nacido entre sillas y vajillas de oro, con las comodidades que no tenían ningún otro niño a su alrededor y entendió desde muy temprana edad que había algún tipo de poder en sus manos, no sabía bien si le servía de algo, pero, lo averiguaría.

Trataba al resto de las personas con desprecio, a pesar de que su padre lo reprendía fuertemente y le enseñaba que todos eran iguales a él. Le quería hacer entender que tenía el privilegiado puesto que tenía gracias a esas personas que tanto odiaba, pero, eso era una tarea sin final, Miguel Ángel III era tan diferente a sus progenitores que hasta el nombre que llevaba quería quitárselo, algo que no logró bajo el mandato de su padre.

Las cosas para él eran completamente diferentes, no se codeaba con el resto y trataba de mantenerse alejado de una conversación con ellos, pensaba que ensuciarían su nombre y solo los veían con felicidad cuando estaban construyendo algo nuevo en la casa, que ahora era un palacio.

Con el tiempo y todo el oro que encontraron, pudieron levantar un palacio para sus reyes, seguían siendo los pobladores más agradecidos que pudieron haber existido. Todas las comodidades que se permitían estaban primero en el palacio, era gratificante para ellos ver a sus reyes descansando con placer.

Cuando las cosas estaban mejor y pudieron utilizar el precioso material

para hacer vajillas duraderas, adornos para sus cuerpos y hasta las cosas más insólitas (como una tubería para su rey que llevaba agua directamente desde el río hasta una pila dentro del palacio), murió Miguel Ángel II de un ataque al corazón, aún era joven, pero, las constantes preocupaciones lo llevaron al límite y lo encontraron sin vida en su recámara una noche justo antes de salir el sol.

El funeral fue muy sentido y le hicieron todos los honores necesarios, no se escuchaba nada en el pueblo. Las tiendas cerraron y todos llegaron hasta el lugar del sepelio, había lágrimas de todos y un pesar muy grande, menos en la figura de Miguel Ángel III quien parecía sin expresión, pero, su mirada parecía estar jubilosa. Parecía llena de deseo por tener el poder que tanto había anhelado, no lo esperaba tan rápido, pero, si así habían sido las cosas, pues las aprovecharía al máximo.

Todos miraban como ambos Reyes caídos ahora descansarían un al lado del otro como ambos habrían querido, la esposa de Miguel Ángel II estaba arrodillada al lado de la caja de roble con asas de oro que le habían hecho de manera especial. No entendía lo que había pasado y no tenía más que el lejano consuelo de quienes la rodeaban, su hijo de 25 años parecía alejado de todo.

El joven jamás consoló a su madre, al menos en público no lo hizo. De hecho, estuvo sobre una roca durante todo el evento viendo desde lo más lejos que pudo. Seguía sintiendo asco por todos aquellos que, según él, no estaban a su altura. De hecho, se fue antes que la ceremonia terminara.

Llegó al palacio y por fin soltó una sonrisa que trató de mantener callada. No celebraba la muerte de su padre, a quien realmente no quiso mucho en vida, pero, que igual era el ser con el que había convivido y le había dado la vida, además, gracias a él tenía el estatus que tenía, pero, era hora de llevarlo a otro nivel.

Como si de una señal se tratara, encontró uno de los libros que leía su padre antes de morir, estaba bastante viejo y ya casi todas las hojas estaban rotas y muy frágiles debido al paso del tiempo. Pero, algo interesante observó.

Era la historia de un rey, un rey tan malo que la leyenda contaba, que por donde pasaba con su caballo, nada más crecía, era un rey déspota de una época que él no comprendió con exactitud, pero, su nombre era perfecto. Hizo que desde ese día se le llamara Atila. Nadie más lo llamaría con ese nombre tan débil y lleno de buenas intenciones cristianas, no, nunca más

escucharían a nadie llamarlo así. El Rey Atila llegaría a imponer todo su poder.

Se sintió con una energía única y sabía que estaba destinado a hacer que todo cambiara en ese pueblo, si querían avanzar, necesitarían hacer las cosas de otra manera.

Su madre llegó con la cabeza baja y él la miró, no sentía ninguna pena por ella, pero, sí algo de respeto.

—Madre, necesitas descansar. Yo me haré cargo de todo.

Ella lo miró con desconfianza. No había tenido ningún gesto con ella en años, pero, era más el dolor y el cansancio así que se dejó escoltar por su hijo hasta la cama, además no se sentía nada mal sentirse apreciada por quien llevaste en tu vientre durante nueve meses y después le diste todo lo que pudiste darle.

El chico la miró por un segundo mientras cerraba los ojos tratando de conciliar el sueño, era una mujer joven, pero, muy afectada por todo lo que le sucedía, de hecho, su hijo nunca fue obediente y eso la había envejecido aún más.

Las cosas parecían salir a la medida del autoproclamado Atila, todo iba por buen camino.

—¡Enrique! —Llamó el nuevo rey por herencia.

—Quiero que prepares mi investidura como el nuevo Rey, las cosas ahora cambiarán un poco en este miserable pueblo que necesita con urgencia alguien que le ponga reparo.

Enrique fue su único amigo desde la infancia. La madre de él murió en un accidente cuando estaban haciendo una torre y quedó solo. El blando corazón de su madre hizo que lo adoptara para que su pérdida fuese más llevadera, pero, la verdad es que Miguel Ángel III lo trató de la manera que quiso, como era mayor que él, le daba órdenes y lo amenazó durante toda su infancia, tanto fue, que el niño se sentía bien solo al lado de él a pesar que lo maltrataba, pero, siempre pensó que era por su bien.

Con la cabeza baja le respondió.

—¿No piensa, su majestad, que es un poco apresurado?

—Sí. Pero, solo quiero que prepares todo, el trono, mi investidura y todas las cosas que sean necesarias. Lo haremos la próxima semana, por ahora dejaremos que todo siga su ritmo mientras preparo mi discurso.

Miguel Ángel hizo una pausa y después habló de nuevo.

—Siempre fuiste muy bueno con las manos y recuerdo que hiciste unas

joyas a mi madre para su cumpleaños. ¿Eran de oro, cierto?

—Así es.

—Entonces, si seré un Rey que sea por todas la de la ley. Quiero que me hagas una corona para ese día, en oro, que brille tanto como el sol y que nadie la pueda olvidar nunca.

Miraba al horizonte como imaginando el momento.

—También necesito que reclutes a varios hombres que estén dispuestos a trabajar conmigo, deben ser fuertes. Ofréceles comodidades en el palacio, vivirán aquí con nosotros si aceptan.

El sirviente asintió con la cabeza y salió pidiendo permiso a su majestad. Miguel Ángel III pensó que no recordaba la última vez que Enrique lo había mirado a los ojos. Seguramente fue cuando pequeño. No le dio importancia al pensamiento y salió disparado al lugar donde su padre guardaba los libros, no era una biblioteca, pero, era algo por el estilo.

El pueblo estaba consternado con la pérdida de su líder y más ahora cuando había tantos proyectos en vía de desarrollo, pensaron que debían para por un tiempo todo lo que hacían, no sabían cómo reaccionar en ese momento, así que trataron de mantener la calma.

Tenían la duda sobre el destino de ellos. Por ley debería Miguel Ángel III entrar en el trono, pero, todos sabían de la oscura alma del chico. Estaban convencidos de que no sería lo mismo con él.

Pocas veces lo habían visto, y menos de esas habían conversado con él, y era precisamente porque él se alejaba de los que estaban trabajando, de los que día a día sacaban las cosechas, para ese muchacho no existía más que él y su rango.

Los días seguían pasando y nadie se pronunciaba en el palacio, de hecho, estaban preocupados por la salud de la reina, pues se veía bastante mal el día del sepelio de su esposo.

Todo miraban hacia allá sintiendo que en algún momento alguien saldría a consolarlos, pues necesitaban la voz de un líder que los hiciera seguir moviéndose, necesitaban ese impulso que solo les pueden dar con unas sabías palabras de aliento.

Dentro de palacio las cosas no iban bien, pues todos los días Miguel Ángel III discutía con su madre dado que ella estaba en contra de que fuese él quien siguiera con el reinado.

—¡Así son las leyes, madre! ¡Cuando el Rey muere, su hijo tomará su puesto llevando al pueblo por buen camino!

—¡Tu no llevarás al pueblo por buen camino jamás, no tienes el alma ni para acercarte a ellos, les tienes asco y sabes que nunca tendrás su cariño!

—¿Y para qué quiero el cariño de personas que están por debajo de mí? Por mis venas corre la sangre de un Rey y por las de ellos corre... Cualquiera cosa.

Su rostro estaba tan desfigurado por una mueca de locura que ni su propia madre lo reconocía.

—¡No lo entenderás nunca, hijo! Y por eso te pido que dejemos las cosas así.

—¡No! ¡Jamás!

El muchacho levantó una pequeña mesa y la lanzó lo más lejos que pudo.

—¡Soy hijo de un rey y seguiré con lo que me corresponde como tal!

Ella le dio la espalda y comprendió que para su pueblo vendrían tiempos tormentosos de los cuales no saldrían en mucho, mucho tiempo.

Era ahora el día de la proclama y Enrique salió a anunciarlo puerta por puerta. Todos debían estar congregados frente al palacio lo antes posible.

—¿Proclama? ¿De qué rayos hablas, jovencito?

—Solo acérquense a palacio, es el mandato de su nuevo Rey.

Nadie comprendía realmente lo que pretendía el joven Rey, pero, no era nada bueno. Además, era la primera vez que pasarían por algo así de una proclama, los dos anteriores solo estaban ahí y ya, la gente lo sabía, no había necesidad de algo más.

La gente fue juntándose poco a poco frente a palacio más con curiosidad que porque los hayan mandado. Se tapaban el sol con la palma de la mano y miraban hacia un pequeño balcón. Estaban sin camisetas muchos, otras mujeres amamantaban a sus hijos y otros simplemente estaban mirando desde lejos.

Un murmullo acompañaba a la multitud asistente y trataban de mantenerse ahí a pesar del sol y el cansancio de estar de pie.

Abajo, frente al palacio unas caras conocidas rodeaban las entradas y cada uno tenía lo que parecía ser una rama relativamente grande. Estaban a la custodia, pero, no sabía de quien o qué defendían a quien sea que estaban defendiendo.

Enrique salió y mandó a callar a todos con un grito diciendo que su majestad estaba por salir. Todos prestaron la atención necesaria y miraron de nuevo hacia arriba.

El chico salió caminando con la cabeza en alto sin mirar a los asistentes,

su rostro estaba sin ningún gesto y portaba algunos artilugios en el cuello, algunos pensaron habérselos visto a su madre en otras ocasiones, pero, no le dieron importancia a eso.

—Hoy me dirijo a ustedes con la intención de hacerme conocer para los que aún no lo habían hecho. Como saben, mi padre murió una semana atrás, lo que nos ha dejado sin aliento a todos, pero, es algo que debemos superar para poder salir adelante.

La gente seguía mirándolo sin comprender lo que realmente estaba sucediendo.

—El destino me puso aquí y ahora velaré por llevarlos por el mejor camino, haré las cosas siempre pensando en el desarrollo y con una propuesta diferente. Entiendan que de una manera u otra estamos cada uno donde merecemos y es nuestro deber mantener las distancias.

Todos se miraban las caras. Parecía un completo idiota.

—En adelante me conocerán como su Rey, como la persona que está en el trono por ser el escogido. Ahora todo tendrá sentido y verán la verdadera realidad de quienes somos Reyes y de quienes deben ser servidores.

Nadie podía creer los que estaban escuchando, era como una pesadilla, claro que todos sabían de la personalidad del muchacho, pero, nadie pensó que llegaría a ese extremo.

El pueblo estaba acostumbrado a otro tipo de Rey, a ese que caminaba a su lado y que los guiaba con sabías palabras, a ese Rey que estaba en el palacio solo como una imagen a seguir y que serían incapaz de hacerles daño.

Entonces el murmullo se convirtió en gritos.

—¡No les pido su opinión! ¡Las cosas serán así! Soy yo a quien deben obedecer, soy su nuevo Rey.

El joven Rey golpeó con su mano el borde del balcón y parecía bastante molesto, pero, nada detendría su proclamación.

Algunos estaban temerosos, pero, otros se sentían humillados. Eso no podía ser así. Eran ellos quienes trabajaban las tierras para que él comiera, eran ellos quienes le servían el agua, no era posible.

—¡Ahora se dirigirán a mi como su Rey Atila! ¡Nadie nunca más me llamarás Miguel Ángel III!

Enrique le colocó la corona sobre la cabeza y la gente no lo podía creer, todos pensaron que se había vuelto completamente loco y alguien tuvo la osadía de lanzar una roca que pasó muy cerca, pero no hizo daño a nadie.

Atila lo miró con desdén. Se dio media vuelta y volvió a dentro.

Su madre había visto todo el show de su hijo y se llevó las manos al rostro, no podía creer que en pocos minutos hubiese dañado una imagen que se construyó durante casi un siglo, el muchacho estaba caminando por malos senderos y desde ese mismo instante se había ganado el odio de todos.

IV

Con la mirada en el futuro

Anselmo trató de comprender lo que estaban viendo, por supuesto que todos sabían de lo que se trataba y estaban conscientes de que hacía mucho tiempo que nadie lo tocaba, pero, era impresionante ver algo así después de tanto tiempo.

Dos máquinas gigantes para excavar y mover grandes cantidades de tierra estaban frente a ellos y el joven se quedó mirando aquello tratando de comprender lo que sus ojos veían. Echó dos pasos hacia atrás.

—Tranquilo, hijo. Todo está bien.

Dijo el hombre mientras le ponía la mano en la espalda tratando de mantener calmado al chico.

Algunas partes de las máquinas como los asientos, estaban completamente destruidos por el tiempo, de hecho, había árboles que estaban pasando sus ramas por entre las estructuras metálicas y estas, a pesar de estar cubiertas por la pintura ya estaban oxidadas en algunos puntos. Los enormes neumáticos estaban molidos por la erosión y estaban paradas sobre el aro que los contenían.

Las palas parecían estar congeladas en el tiempo, ambas estaban mirando hacia arriba y llenas de agua por la lluvia de la noche anterior. La maleza había estado naciendo entre el motor. Definitivamente no podrían hacer nada para que encendieran, pero, de algo serviría la estructura, ya se las arreglarían para moverla.

—Trabajé durante mucho tiempo con una de esas, hijo. Antes de la guerra vivíamos en un mundo muy avanzado donde había maquinarias como estas que nos simplificaban la vida y hacían mucho más fácil nuestro oficio.

El muchacho estaba maravillado ahora que sabía lo que era.

—¿Puedes mover alguna de esas cosas?

Los hombres rieron al mismo momento.

—No, hijo. No al menos de la manera correcta. Quizá después busquemos ayuda y las movamos para ver si le sacamos provecho de alguna manera.

—El chico sonrió mirando a su padre ahora como si fuese un héroe.

Anselmo se preguntaba qué había hecho que los hombres que manejaban esas máquinas las dejaran ahí, es como si de pronto se hubiesen

tenido que ir sin importar lo que hacían, de hecho, una de ellas tenía la pala llena de tierra.

Sabía de personas a las que llamaron con urgencia en la guerra, pero, por aquí se veía que no había pasado nada de eso. Quizá las dejaron así cuando se enteraron que las cosas se habían puesto feas y decidieron ir por sus familias o tal vez a pelear, lo cierto es que lo que menos que esperaban encontrar era algo como eso.

Pero, si esas máquinas estaban ahí era por algo. Durante todo el tiempo que Anselmo trabajó en la minería aprendió que si hay partículas de oro en el agua es porque se estaban desprendiendo de otro lugar y había que encontrarlo, sobre todo cuando los pedazos que encontró el muchacho eran considerablemente grandes.

—Dejemos esto aquí. Ya volveremos por ellas. Sigamos caminando.

Cinco minutos más tarde consiguieron una cueva enorme y oscura, sin dudas esta contenía el oro que estaban buscando, pero, cuando encendieron la antorcha miraron que era algo más que eso.

Era una montaña completa del precioso material, brillaba con una elegancia indescriptible y además era macizo, tenían una fuente interminable de oro que, si bien no valía ningún dinero, era un avance para hacer otro tipo de cosas.

Mesas. Sillas, joyas... Todo lo que se les pudiera ocurrir. Era importante la cantidad, pero, no harían nada hasta notificarlo al Rey y que este lo notificara al resto.

—Siempre me dijiste que una vez pensaste que sería un hombre rico teniendo una bola de oro del tamaño de tu mano, padre. Imagina que tan rico serías teniendo todo esto.

El chico estaba extasiado y miraba su alrededor.

—Ahora mismo no tiene el valor del que te hable, hijo. Ahora nos servirá para hacer algunas cosas para la comunidad, pero, el trabajo para extraerlo no será nada fácil.

Anselmo echó otro vistazo.

—¡Vamos debemos ir a contarle al Rey de este hallazgo, él sabrá que hacer!

Los hombres y el chico de volvieron pasando de nuevo entre las dos máquinas y mirándolas con asombro una vez más. Caminaron hasta llegar e ir al palacio con el Rey quien los estaba esperando desde el momento en que salieron.

—Pasen y tomen asiento.

Así lo hicieron.

—Encontramos una gran cantidad de oro, Rey. Estoy hablando de una montaña entera del material.

El Rey los miró esperando que terminaran de hablar.

—Además nos dimos cuenta que en algún momento, en la pasada era, lo estaban explotando. Cerca de la mina había un par de maquinarias de la época de la guerra, señor, y la verdad es que también creemos que debemos traerlas hasta aquí.

—¿Una montaña entera? ¿Sabes de cuanto material estamos hablando, Anselmo?

—Ni la más mínima idea, Rey. La verdad es que tendríamos que explotar el material y ver hasta dónde llega. Pero, podría ser un trabajo de años, no tenemos las herramientas adecuadas.

—Entiendo. ¿Valdría la pena hacer el esfuerzo para sacar el material?

—¡Claro que sí! Estamos hablando de oro. La resistencia del mismo es increíble y podríamos hacer muchísimas cosas para el palacio y para usted.

—Si lo explotamos se repartiría en partes iguales entre todos, es lo justo, si es tan útil, pues sería genial que todos usaran una parte para su beneficio personal.

Los hombres se miraron algo perplejos, lo justo del hombre era de admirar.

—Ahora, díganme de las maquinarias.

—Están casi completamente destruidas, pero, algunas partes nos servirán de algo. Tenemos mucha gente preparada e inteligente que nos ayudarán a buscar utilidad para las piezas que aun funcionan o que se les busque otra nueva finalidad.

El Rey los miraba con atención.

—Podríamos fundir el hierro y utilizar eso para hacer herramientas y así sacar el oro.

—Eso sí me parece una buena idea. Pero, habría que construir un horno o algo parecido, ¿cierto?

Uno de los hombres levantó la mano como en señal de estar pidiendo la palabra.

—La fundición del hierro es pasados los 1500 °C, así que podríamos inventar algo que mantuviera la temperatura para poder hacerlo.

Todos lo miraron con un poco de asombro. El hombre sonrió.

—Trabajé en una empresa fundidora durante dos años.

Entonces Miguel Ángel se levantó frotándose las manos.

—Manos a la obra entonces. Confío en ustedes y sé que harán un buen trabajo. Le comunican al resto de su hallazgo y comienzan con el trabajo que deben hacer.

Así fue como los hombres salieron de palacio y les dieron la noticia a todos buscando a quienes se llevarían para empezar a trabajar. Necesitaban a los fuertes para poder hacer el trabajo de desarmar la maquinaria y de traer las piezas más pesadas, la idea era tener la mayor cantidad de hierro para fundir y sacar las herramientas adecuadas.

Anselmo estaba a la cabeza de la operación, pues era él quien tenía la experiencia necesaria, entonces reunió a un grupo de hombres para el trabajo que debían empezar lo antes posible, aunque esto no era prioridad en la comunidad, era mejor tener a estos trabajando que haciendo otro tipo de cosas menos provechosas, en el campo estaban todos lo necesarios y así en la parte de construcción de edificaciones y viviendas.

Salieron esa misma tarde con la intención de pasar toda la noche trabajando en eso, llevaron la cantidad suficiente de antorchas y de un líquido que soltaban algunos árboles que era bastante inflamable y mantenía las antorchas durante muchísimo tiempo.

Un grupo se quedó construyendo una especie de horno con rocas, lo importante es que dentro de él estuviera una gran cantidad del líquido inflamable y de leña, que se mantuviera encendido y que llegara a la temperatura deseada. Eran dos grandes grupos trabajando en puntos diferentes, pero, era la misma idea.

Las estructuras estaban remachadas y unidas con tornillos que estaban completamente oxidados, además, la falta de las herramientas adecuadas les hacía el trabajo más cuesta arriba.

Usaban rocas y madera tratando de desenroscar o romper las roscas, también buscaron la manera de desprender las tuercas que sostenían el aro donde estuvo anteriormente la llanta para sacarla. Así trabajaron durante toda la noche.

El sol salía en el horizonte y ellos estaban moviendo pequeñas, pero, pesadas piezas en carretas o con poleas, las que podían rodar, rodaban y todos iban con buen paso esperando que el horno estuviese listo, aún estaban muy cansados, pero, la adrenalina los movía desde la tarde anterior.

Desde que se pudo ver la comunidad se dieron cuenta que los

encargados de la construcción del horno lo habían dejado por la mitad.

—¡Nosotros trabajando toda la noche y ellos se toman un descanso!

Pero, las cosas parecían estar raramente tranquilas en toda la comunidad, no se escuchaba ruido en las casas y Anselmo paró en medio de todo y dejó caer un par de tubos de metal que traía en sus manos y entonces, salió corriendo directo al palacio. Los demás lo siguieron.

Al llegar, su carrera disminuyó rápidamente y su corazón palpitaba con fuerza. Todos estaban congregados frente a palacio, sus rostros estaban tristes y la gran mayoría lloraban, él, a pesar de imaginarse lo que había pasado, le preguntó a una chica que estaba cerca.

—¿Qué ha pasado?

Ella respondió solloza y como pudo.

—El Rey... El Rey...

Anselmo esperaba que la frase culminara de una manera diferente a la que estaba pensando, pero, no fue así. Tomó a la mujer por los hombros y le pidió que por favor terminara de decirle.

—El Rey ha muerto.

Fue como si le golpearan la cabeza con una gran rama. Sintió que todo lo que habían hecho durante todos estos años se perdería.

Volteó y miró a los hombres con los que estuvo trabajando y ellos estaban en completo shock, no entendieron realmente lo que pasaba y en sus mentes se repetía lo mismo que se repetía Anselmo.

“Hemos perdido todo”.

Entonces en ese momento salió la reina con la cabeza baja y sin poder contener las lágrimas.

—Miguel Ángel sabía de su enfermedad desde mucho tiempo antes, pero, él como médico, sabía que no tenía la manera de contrarrestarla. Él no se los comunicó antes debido a que ahora la comunidad estaba avanzando a pasos agigantados y no era momento para preocupaciones.

Todos la miraban con atención.

—Ustedes lo pusieron en el puesto que tenía y deben ser ustedes quienes lo lleven al lugar que más desean para poder dejarlo descansar, por fin. Trabajó con todas sus ganas como bien lo saben.

Empezó un murmullo, pero, calló cuando la reina siguió con sus palabras.

—Lo tendremos aquí en palacio para que ustedes lo visiten si así quieren y después se verá realmente lo que harán con él, esa fue su última petición

antes de morir: “Deja que mi pueblo me dé la despedida que ellos crean que merezco”.

La reina se dio la vuelta e inmediatamente una larga fila comenzó a formarse frente a la puerta.

Abajo, Anselmo seguía sin entender del todo. Venía con buenas noticias para el Rey venía con las esperanzas de que cuando explotaran el oro fuese el primero en verlo, el que tomara la decisión de qué harían.

Pero, ahora nada de eso pasaría y todos se sentían completamente indefensos, se sentían a la deriva y sin saber a dónde ir más que a hacer la fila para ver a su Rey por última vez, pero, Anselmo no.

Dando media vuelta tomó del hombro a su hijo y llamó a los hombres.

—¡Vamos! Tenemos trabajo que hacer.

—¿Acaso no escuchaste que el Rey ha muerto?

El hombre volteó con el rostro lleno de ira.

—Claro que lo escuché, pero, ahora no hay nada más que hacer sino lo que teníamos planeado.

Los hombres confundidos lo siguieron, al menos él tenía una idea para hacer algo.

Anselmo consiguió a todos los hombres que construían el horno.

—Debemos seguir con lo que habíamos pensado. El horno debe construirse lo más rápido posible para poder hacer un gran sarcófago a nuestro Rey. Debe ir hecho de oro y madera para que perdure por el tiempo en un lugar especial.

Entonces sin pensarlo los hombres comenzaron a trabajar sin parar. El horno estuvo listo un rato más tarde y comenzaron a fundir el hierro, lo cual no fue fácil, pero, con los pocos conocimientos de cada uno fueron haciendo más llevadero el trabajo.

Sacaban al rojo vivo el material y con piedras (que no eran la herramienta adecuada) lo golpeaban dándole forma poco a poco y cuando tenían la forma que deseaban lo enfriaban directamente en el agua, el choque térmico hacía que el material tomara una dureza diferente, sería más fuerte. Trataron de hacer varios utensilios con puntas afiladas que le permitieran golpear el oro y sacarlo por pedazos. Se mantuvieron hasta la tarde en eso.

Sin descanso alguno (sólo para comer) se dirigieron hasta la montaña dejando el horno encendido para cuando llegaran con el oro. Y comenzaron con el trabajo. El agua que había pasado durante tantos años por ahí había ayudado, el oro que estaba más expuesto salía con facilidad y además no

necesitarían una gran cantidad para lo que querían.

En el pueblo, un grupo de carpinteros se enteró de lo que pretendían hacer estos hombres y se dedicaron a buscar la mejor madera que encontrarán para hacer el ataúd a su Rey.

En el palacio, la fila seguía avanzando y nadie podía creer aun lo que estaba sucediendo, pero, la realidad era solo una y ellos la estaban viviendo en ese momento.

Algunos sabían que seguirían, y además estaba el hijo del Rey a quien todos conocían de sobra y sabían que era un buen muchacho, quizá un poco joven, pero, su madre lo ayudaría a seguir con el trabajo que su padre le encomendó. Sabía un poco de medicina también, en algunos casos lo vieron atendiendo a heridos de construcciones y aplicando las mezclas de plantas que su padre solía usar.

Quizá, pensándolo bien, no todo estaba completamente perdido. Al fin y al cabo, quienes hacían todo el trabajo eran ellos, pero, la verdad era que necesitaban sentirse protegidos por alguien, necesitaba que alguien tomara las decisiones difíciles y los guiara de alguna manera.

Fue entonces cuando después de que todos habían pasado a ver al Rey fallecido, el pueblo que seguía congregado frente a palacio comenzó a llamar a Miguel Ángel II. El chico estaba adentro, con su madre, y no entendía lo que sucedía.

—Fueron ellos quienes pusieron a tu padre en el difícil, pero, privilegiado puesto de Rey. Hoy él ya no está con nosotros, así que, de nuevo, son ellos quienes te aclaman a ti.

El chico nervioso veía el balcón, pero, no sabía si salir o qué hacer.

—Anda, hijo. Ellos te quieren a ti. Recuerda que solo el pueblo puede poner en grandes tronos a quienes lo merecen.

El chico salió con paso torpe, pero decidido, pues su madre la apoyaba.

Todos abajo lo vieron y aplaudieron. Era su nuevo Rey y la paz seguiría reinando en la comunidad.

Al menos por un tiempo más.

V

El encuentro nunca esperado

La entrada de Atila como nuevo Rey autoproclamado trajo consigo una sería de problemas y, por primera vez, disturbios en la comunidad.

La mayoría estaba en contra del nuevo Rey, no era lo que ellos querían, todos habían llegado al trono por aclamación del pueblo y habían sido muy buenos en su trabajo. Tomaban decisiones, elaboraban planes de trabajo, daban consejos a quienes lo necesitaban y por alguna razón u otra siempre se sentían protegidos por su imagen, era como pensar que estando él, nada malo podría pasarles.

Pero, ahora las cosas eran diferentes, si bien Atila tomó el momento justo para hacer su proclamación, cuando el pueblo aun no digería completamente la muerte de su líder, los pobladores estaban seguros de que jamás lo hubiesen llamado para ser el Rey, ayudarían a la Reina en todo lo que necesitara, pero, su hijo, con un alma tan mala no podría ser el Rey.

Pero, lamentablemente para ellos este se les adelantó y compró la conciencia de algunos desde un primer momento y así empezó la miseria del pueblo.

—Necesito que tomen los hornos de fundición y los usen para hacer algunas armas. Me tomé la libertad de dejar abiertos unos libros sobre la mesa principal, en ellos verán unos modelos que pueden ser útiles, pero, en general cualquier cosa que se les ocurra estará bien.

Veintidós hombres estaban frente a él. Eran los que desde un principio Enrique había reclutado, no eran los de mejor alma en la comunidad, pero, siempre se mantuvieron callados y trabajando sin decir nada, ya que son minoría, pero, ahora tendrían el poder con las armas y el apoyo del Rey.

—Así como desde un principio, cuando mi abuelo era el Rey, que se dejó todo el oro dentro de palacio, así mismo haremos con los alimentos y agua, ya nadie podrá tener pilas de agua directas a sus casas y todo lo que se cultive será traído a palacio, por las buenas o por las malas.

Los hombres sonreían pensando en todo lo que harían para que las órdenes del nuevo Rey fuesen llevadas a cabo.

—Busquen a los mejores en el arte de la fundición, estoy seguro que ellos harán el mejor trabajo posible, aquí tenemos el oro que necesitan y además si no lo hacen no tendrán derecho a comer ni a beber. Eso va para

toda su familia.

Atila se movía de un lado a otro mientras hablaba.

—No quiero la miseria ni la violencia para mi pueblo, quiero que todo sea de la manera correcta. No pueden vivir de igual manera aquellos que nacieron para ser parte del pueblo que nosotros que vivimos aquí en palacio.

Los hombres se sentían halagados, pensando que el Rey los estaba poniendo a la par de él. Pero, no era así, era simplemente un juego de palabras y manipulación mental.

—Entonces salgan y hagan los que les pido. Hago hincapié en la elaboración de una espada para mí. Sobre la mesa está el modelo que deseo.

Los hombres salieron dispuestos a hacer realidad las órdenes del gran Atila.

En ese momento entró la madre del Rey.

—No puedes hacer nada de eso, hijo. Estarás signando tu muerte y la del pueblo.

El joven la miró sin expresión y se acercó a ella poniéndole una mano sobre la mejilla.

—Madre, ahora yo tengo el poder aquí. Compré a esos hombres solo con traerlos a vivir a palacio y dándoles pequeñas comodidades, les hablé como su amigo para que se sintieran a la par, los engañé de la manera más vil y aun me dices que no puedo hacerlo... ¿En serio? ¿Eso crees?

La mujer retrocedía con cada palabra de su hijo que ahora usaba la corona mientras estuviera despierto, parecía un demente.

El joven Rey siguió hablándole a su madre sin quitarle la mano que sutilmente seguía sobre la mejilla de la mujer.

—Soy poderoso, madre. Tan poderoso como lo fueron mi padre y mi abuelo, solo que no tenían el corazón para mandar y todos hacían con ellos lo que les daba la gana. Es fácil y sencillo: en este mundo unos mandas y otros obedecen, esa es la ley y es el equilibrio.

La mujer se detuvo cuando tropezó con la pared y su hijo se le acercó más, pero, ahora la mano agarraba con fuerza su quijada.

—Eso será así hoy, mañana y siempre, madre. Soy joven y por fin podré hacer todo lo que quiera y llevaré a este pueblo a que me obedezca y así podamos salir y civilizarnos como debe ser.

Atila soltó a su madre y se dio la vuelta mientras observó que Enrique seguía en la habitación. Eso no le agradó del todo, pero, no había ningún problema para él.

Salieron juntos y siguieron hilvanando su plan.

Todo parecía ser sencillo para él, controlando a la fuerza la comida y el agua todos tendrían que regirse a la par del Rey, nadie se atrevería a ir en su contra cuando de eso dependía su alimentación y el beber su ración de agua.

Quizá algunos se sublevarían, pero, no tenían armas, no estaban acostumbrados a eso. Así que quienes estaban de su lado usarían la violencia y la fuerza hasta que todo se encarrilara y funcionara de la manera que él quería. Crearía su propio ejército, así como el que soñaba desde niño cuando lo leyó en uno de los destartados libros de su padre.

Ahora era solo el comienzo, pero, antes que nada, necesitaba a algunas mujeres que se encargaran de sus cosas personales.

—Enrique, el aseo de este lugar es un asco. Busca a unas cuantas mujeres para ese trabajo y las necesito para hoy mismo.

—Enseguida su majestad.

Eso sería trabajo fácil, en la comunidad había mujeres solas y jóvenes que estarían dispuestas a algo así, pues, si las cosas las iba a manejar el Rey desde los alimentos hasta al agua, la mejor salida era estar en palacio, sirviéndolo a él y teniendo al menos que comer.

Enrique solo tardó un par de horas para llegar con cinco chicas, todas muy jóvenes.

—Afuera está la servidumbre que me pidió, su majestad.

Atila salió de inmediato y las observó. Todas estaban mirando al suelo, pero, no estaba seguro si era por respeto o miedo. Sin dudas un par de ellas estaban aterradas, temblaban de pies a cabeza.

—Me alegra tenerlas aquí. Como les habrán comentado, necesito de sus servicios.

Las seguía mirando y una de ellas llamó su atención. Tenía la vestidura rasgada y sin dudas había estado haciendo algún trabajo fuerte antes de ir a palacio. Estaba completamente sucia.

Se dirigió a ella directamente.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en mi casa, señor. Hago jarrones de barro para guardar agua y los cambio por comida.

Él trataba de mirar el rostro a través del liso cabello negro.

Entonces, retrocedió un poco y habló a todas.

—Les ofrezco comida, agua y asilo. No tengo nada más para darles, serán mis sirvientas personales y acatarán las órdenes de su gran Rey Atila.

No les estoy poniendo opciones, esto es algo que solo se acepta.

Las mujeres se miraron entre sí.

—Enrique, llévalas afuera y enséñales las tareas.

Las mujeres comenzaron a caminar después de una reverencia, pero, Atila detuvo a una. Dejó que las demás salieran y le habló.

—¿Cuál es tu nombre?

—Carolina, señor.

—Mírame al rostro cuando te hablo, Carolina.

La mujer lo hizo, aunque con desconfianza y fue cuando sus miradas se cruzaron por primera vez.

El Rey Atila, ese Rey que era tan malo y que planeaba el hambre la miseria y la violencia en su pueblo, era un hombre con un rostro impecable, ojos azules radiantes y una mirada que enamoraba. Su personalidad hacía que todo eso le resaltara, se veía un ser imponente capaz de hacer todo y más.

Él iba a hablar, pero, la belleza de la mujer lo cautivó. Hubo un momento de silencio que duró una eternidad.

Entonces ella bajó la mirada de nuevo ahora con el corazón acelerado y le Rey retrocedió para verla completamente. ¿Qué habría detrás de ese harapiento vestido?

—Tú estarás conmigo. Ya buscaré un trabajo para ti, pero, definitivamente debes cambiar tu vestimenta.

La mujer solo asentía y lo miró de nuevo al final.

—Por ahora puedes ir con el resto.

Carolina salió de inmediato y cuando estuvo sola afuera se tocó el corazón que parecía estar a pleno galope dentro de su pecho.

—Pero, ¿qué es esto?

La joven chica salió corriendo en busca de sus compañeras.

Dentro, Atila pensaba en la desaliñada mujer, era extraño que se hubiese acercado tanto a alguien como ella, pero algo le había llamado la atención. Primero que nada, su belleza, pero, había algo más que lo atraía. Se sintió un poco sucio por haberla tocado, pero, no fue nada que no dejara pasar un segundo después.

En los ojos de la mujer había algún tipo de sentimiento con el que él no estaba familiarizado. Ella parecía ser diferente entre todas, parecía... Parecía una reina.

Pero, en lo absoluto él podría estar pensando en ella como mujer, a pesar de lo hermosa y atractiva que era, estaba por debajo de lo que era un Rey,

jamás le pasaría por su mente eso. El problema es que durante todo el día pensó en esos ojos, en esa mirada y el rostro angelical. No pudo evitar acariciar su entrepierna mientras la imaginaba desnuda frente a él.

Carolina, por su lado, estaba aún muy nerviosa. Escuchaba, pero, sin atención lo que Enrique les decía.

Su Rey era el hombre más apuesto que había visto jamás, pero, era malo y, además, según lo que él mismo había dicho, ella no estaba a su altura. Aquella vez en el balcón cuando se autoproclamaba, ella solo vio de reojo a un individuo déspota que hablaba sin parar, el sol no la había dejado mirar con detalle, pero ahora que lo había visto tan cerca le hizo mover su corazón de manera única. No se explicaba con exactitud lo que le sucedía.

Quizá fue su personalidad arrogante o su seguridad, pero Carolina había quedado hechizada por este sujeto. Las breves miradas que dirigió hacia su cuerpo fueron suficientes para detallar el cuerpo atlético del joven y malvado rey. Era un espectáculo de hombre, pero, aunque se le hacía agua la boca al pensar en sus labios, no era posible que ocurriera algo entre ellos.

Esa noche se quedó en palacio después de comer. La verdad había estado muy bien esa cena, le consiguieron un lugar para dormir y todo parecía marchar bien, aunque todas tenían tareas menos ella.

Según Enrique, lo que ella haría dependería completamente de lo que dijera el Rey. Durante toda la noche no concilió ni un minuto de sueño, estaba nerviosa y ansiosa, necesitaba saber qué era lo que el Rey le pediría.

Pero, más allá de eso, mucho más allá, la mayoría de la noche se la pasó pensando en el hombre, ese que no era Rey, ese que no era más que un simple mortal con ínfulas de superioridad. El rostro de él estaba clavado en su mente y se sentía mal por estar sintiendo alguna cosa diferente al respeto. Por primera vez experimento un ardor en su interior que clamaba por ser poseída. Quería que su cuerpo le perteneciera a este chico que vio por primera vez con su corazón lleno de miedo.

Los primeros rayos del sol salieron cuando ya los agricultores traían los primeros alimentos para palacio, ese día sería de mucho trabajo para ellos, pues estaban obligados a llevar todas las cosechas hasta allá, los alimentos ahora serían controlados por el Rey quien los repartiría de forma ordenada y siempre por el bien de mantener a todos bajo la igualdad.

Carolina se levantó y esperó que Enrique las fuera a buscar como se lo habían dicho la noche anterior.

Unos minutos más tarde el hombre entró al cuarto sin tocar.

—Aquí tienen unos vestidos que usarán por ahora hasta que una de ustedes, la que se ofreció a hacer uniformes, los haga.

Los lanzó sobras las camas y de inmediato una de las chicas se dio cuenta de algo importante.

—Solo hay cuatro.

—Sí. Así es. Tú, ven conmigo.

Enrique señaló a Carolina, y esta sin chistar obedeció lo que el hombre le dijo.

Caminaron hasta la habitación principal, ella divisaba como los hombres trabajadores de la comunidad habían hecho un gran trabajo en el palacio, siempre por amor a su Rey, por saber que era él quien los guiaba por el mejor camino. El pueblo siempre había estado pendiente de su comodidad y la de su familia.

Tocaron a la puerta. Ella aun vestía la vestimenta del día anterior.

—Adelante.

La gran puerta de madera y oro se abrió de par en par. El Rey miraba el trabajo de los agricultores y de sus hombres armados a través de la ventana.

Levantó la mano y de pronto Enrique salió sigilosamente cerrando la puerta a las espaldas de carolina.

—¿Te han tratado bien? ¿Tuviste un sitio para dormir?

Él seguía de espaldas.

—Sí, Rey. Todo de mil maravillas. Me disculpo por presentarme en esta forma, pero, para mí no había vestido.

Atila volteó y la miró de nuevo. Ahí estaba esa mirada que lo atraía tanto, ahí estaba ese rostro que quería tener tan cerca, a pesar de ser una más del pueblo, pero, su belleza sobrepasaba cualquier límite, ella no debía pertenecer a la muchedumbre. Quería respirar en su cuello, acariciar su cabello negro y llevar sus manos debajo de ese vestido harapiento y sucio.

—Tu vestido, Carolina, será otro. Tengo una interesante tarea para ti.

Ella lo miraba y sentía como su corazón se agitaba nuevamente. Era algo increíble y Carolina ya sabía lo que sentía por ese hombre tan atractivo. Estaba fuera de su alcance, que nada la engañara.

—Lo que usted disponga.

Sin dudas ella sentía un miedo interno también, pero, lo controlaba con facilidad.

Quiero que seas mi acompañante, ahora estarás a mi lado a cada momento y harás lo que yo te pida.

La chica se sentía algo intimidada, pues el Rey le hablaba muy cerca mientras se movía alrededor de ella. Su aroma era exquisito.

—Estoy a su completa disposición.

Él sonrió.

Estaba anonadado por la belleza y cierta sensualidad que irradiaba la mujer, en ese momento tenía ganas de besarla y sentirla.

—Tu vestido está en una habitación contigua a esta. Tienes un baño privado y además algunas cosas que irás descubriendo.

—Así será, su majestad.

La mujer se dispuso a caminar hacia la puerta cuando Atila la tomó por un brazo, algo brusco, pero, no tanto. Sus rostros quedaron muy cerca y se miraban directamente a los ojos, en ese momento eran solo un hombre y una mujer invadidos por el deseo, sí, era eso lo que sentían, por fin lo entendieron.

Entonces ella se dejaría hacer lo que él quisiera, ella estaría a su completa disposición después de ese momento, aunque dijeran lo que dijeran, aunque no estuviera bien, pero, la atracción era casi fatal, era más grande que cualquier cosa y experimentaba cosas en su cuerpo que eran completamente nuevas para ella.

Fue cuando sin pensarlo un beso apasionado llenó la habitación con la más pura lujuria y ambos se dejaron llevar. La cordura brillo por su ausencia, mientras Carolina dejaba que las manos del líder la recorrieran sin límites.

Sintió como tocó su pierna y subió su vestido hasta apretar una de sus nalgas. Sin importar los rangos, sin pensar en nada más que en lo que sucedía. Sus manos se entrelazaron y estuvieron así hasta que alguien tocó.

—¿Quién?!

Atila se alejó de ella, molesto por la interrupción.

En el momento en que la puerta se abrió ella salió disparada pidiendo permiso.

Enrique entró.

VI

Pasiones sin clases

El beso había dejado sin habla y con una humedad tremenda en su zona genital a Carolina, que dio gracias por que Enrique llegara en ese momento. Entró sin pensarlo al cuarto que Atila le había dicho y cerró la pesada puerta con fuerza, estaba sonrojada y esperaba que el sirviente no se hubiese dado cuenta de eso al momento de pasar a su lado.

No sabía si había hecho mal en salir así. ¿Estaría el Rey ahora molesto? ¿Habría echado todo por la borda? Carolina estaba aún pegada de la puerta con los ojos cerrados, tenía una mezcla de miedo, lujuria, ansiedad y desesperación. Jamás habría esperado una reacción así de su Rey y mucho menos sabiendo cómo era realmente.

Los antiguos reyes habían conseguido sus esposas en la comunidad, pero, ellos eran diferentes. Se codeaban con todos sin problemas, bajaban a comer con quien sea, trabajaban de igual manera en algunos momentos, cuando la ocasión lo ameritaba y siempre estaban en contacto directo con quienes los habían puesto ahí, de hecho, desde muy pequeños estaban en ese contacto para poder llegar a ser como sus padres.

En el caso de Miguel Ángel III, ahora autoproclamado Atila, todo había sido diferente. El niño nunca había salido de palacio, pues se sentía ofendido al hablar con algunas de las personas que con tanto cariño lo trataban por ser hijo de sus reyes, pero a él no le importaba eso. Él no quería estar a la par de la gentuza que vivía a su alrededor, él no quería parecer igual, porque no lo era.

Así creció, solo y aislado de todos. Leyó muchísimo, eso sí. Se documentó lo más que pudo, pero, siempre con la mente en el día en que ese reino le perteneciera.

Ahora había llegado el momento, era él quien estaba ahí y había hombres armados que lo apoyaban. El resto de los pobladores estaban divididos en dos grupos. Unos estaban en contra del nuevo Rey y otros (la mayoría de la población) le temían y harían lo que él les dijera. Tenía miedo de no obedecer y que todo lo que habían logrado se esfumara teniendo que irse de nuevo a busca otro lugar, lo cual parecía ser imposible.

Carolina se calmó un poco y caminó hasta la cama. Sobre ella había un vestido blanco que de seguro había sido un regalo de alguna de las costureras

de la comunidad, quizá un regalo para su madre o para sus abuelas, se sabía que las reinas cuidaban mucho sus ropajes y los mantenían intactos durante muchos años.

Lo cierto es que era hermoso.

Tenía y escote tímido que se solo dejaba ver parte de su pecho sin enseñar los senos, era largo inocente, no se imaginaba vistiendo algo así. Pero, su emoción fue tanta en ese momento, que además de olvidarse un poco de todo, lo cogió y se lo probó frente a un espejo enorme. Ella nunca había visto uno tan grande, los que los hombres hacían en el pueblo eran pequeños y además con un acabado horrible.

Le encantó y se metió al baño de una vez.

Tomó una larga ducha, dándose cuenta de que el agua fluía sin parar, estaba feliz de poder tener toda el agua que quisiera para ducharse a gusto. Una especie de llave, también extraña para ella, cerraba flujo y evitaba que se derramara sin usarla. Era genial.

Entonces, se probó el vestido y se miró al espejo. Su reflejo parecía robado de alguien más, jamás se había visto tan elegante y además se sentía muy bien una tela nueva sobre su piel. Se recogió el cabello dejando que un mechón le cayera frente a los ojos, dándole un aspecto interesante.

Mirarse así era lo mejor que le había pasado y sería muy fácil acostumbrarse a ese tipo de cosas, pero, ella debía entender que solo era parte de un trabajo encomendado para el Rey, no había nada más que pensar.

Pero, ¿Y el beso?

Ella lo recordaba y un escalofrío le recorría completamente el cuerpo dejándola helada, pero, con el corazón en galope total. Acelerado como siempre que pensaba en él. En su situación, era algo de esperarse, pues nunca había estado con un hombre y menos con uno tan atractivo, también el hecho de que se trate del Rey la llevaba por una senda diferente, era como si toda la suerte del mundo hubiese caído sobre ella.

Quizá ese beso (que quería repetir) era algo que hacía con quien él quisiera, aunque siendo ella del pueblo, era algo inédito o al menos eso pensaba.

Se miró durante unos minutos más, estaba radiante, estaba fresca, era única.

—En mi palacio no acostumbro a tocar puertas.

Hablaba Atila mientras sorprendió a Carolina mirándose en el espejo, pero, en ese momento no pudo decir nada más, solo contemplaba la belleza

indiscutible de ella. Era maravillosa.

Se dispuso a hacer una reverencia al Rey, pero, este la atajó y la acercó de nuevo.

—El vestido parece quedarte bien.

Posó sus manos en su cintura.

—Sssiii... Su ma... Su majestad.

Los ojos del Rey miraban profundamente los de ella.

La tomó con fuerza por ambos brazos y se acercó hasta su cuello.

—No hueles como el resto. Ahora te has bañado con agua completamente pura.

Estaba nerviosa y no lo podía evitar.

La mirada Atila fue directamente hacía los senos de la mujer, que a pesar de estar cubiertos se veían bastante bien. El deseo despertaba un sentimiento animal y salvaje en el rey, quien comenzaba a sentir una potente erección en su entrepierna.

—Generas en mi algo diferente, Carolina. Desde que te vi me di cuenta que no eras corriente.

—Gracias, señor.

Atila la olió de nuevo. Esta vez sintió una descarga eléctrica en su espalda que lo amenazaba con hacerlo perder el control.

—Tienes algo que me lleva hasta lugares donde nunca he estado.

Ella no comprendía.

Atila la soltó y caminó con soltura hasta empujar la puerta y cerrarla.

—¿Puedes darte una vuelta y enseñarme?

Ella lo complació, era una orden, pero, ella también lo quería hacer.

Entonces fue cuando, antes de terminar de dar la vuelta, él la abrazó con fuerza y Carolina cerró los ojos imaginándose lo que podría pasar. Solo imaginándolo, pues no tenía ni idea.

El duro miembro del rey chocaba contra los glúteos de la joven. Las manos del Rey entonces comenzaron a tocarla por el abdomen y los besos en el cuello la sacaron completamente de control. Ella estaba en el cielo, se sentía llevada por los ángeles, sentía la divinidad que solo un Rey podría darle. Estaba tratando de despertar de un sueño en el que no estaba.

Las puras manos del Rey llegaron hasta sus pechos apretándolos con fuerza, ella lo sintió. Tenía los senos jugosos y bastante más grandes de lo que parecía detrás del vestido. Casi no le cabían en la mano. Eran suaves y delicados, una experiencia increíble poder tocarlos.

Los besos fueron convirtiéndose en pulsadores de corriente, cada uno le hacía una descarga violenta sobre su cuerpo, hacía que ella perdiera la conciencia y no sabía qué hacer. Seguía nerviosa y tímida. ¿Era esto lo que él había planeado para ella?

Carolina mantenía los ojos cerrados, esperando que todo terminara, pero, apenas era el principio.

Atila seguía moviendo sus manos sin parar, ella no paraba de sentir. El Rey se quitó la corona lanzándola hasta la cama donde dio dos vueltas para después caer al suelo, en ese momento no le importó si se dañaba, ya le harían una mejor.

Entonces ella se dejó llevar y sus manos arroparon el cuello de Atila, tomándolo con algo de fuerza para que no parara de hacer lo que estaba haciendo. Los besos, la respiración, el deseo y la lujuria estaban desatándose en ese lugar, estaban explorando nuevos terrenos.

Estaban cayendo por un pozo sin fondo, estaban en una dimensión desconocida para ambos, era el reino del placer lo que estaba a su alrededor y no podían parar de desearse.

Con una habilidad innata, el hombre levantó el vestido de la mujer y acarició las piernas hasta llegar a sus caderas, ella sintió cosquillas, pero, no dijo nada. Las manos de Atila seguían explorando sin parar el cuerpo de la mujer, era suave, era único, la sensación era inmejorable y absolutamente fuera de este mundo, nunca había probado algo como eso. Ahora no importaban las clases, no importaba nada, solo estaban unidos por la pasión.

Debajo del vestido ella estaba desierta, no había tenido tiempo de ponerse nada más antes de que llegara el Rey sin sus toques de puerta a irrumpir en su habitación. Entonces fue cuando él encontró los grandes pechos, se sentían mucho mejor que a través de la tela. La sensación era única pues su mente ahora pedía que el hombre le diera mucho más placer.

Entonces ella se volteó sin importarle nada y le estampó un beso que hizo que el retrocediera un poco, la mujer estaba desesperada por que el gran Atila le hiciera ver su verdadera maldad, ella quería verlo en acción, Carolina estaba cegada y ya nada podía echarse para atrás.

El cabello se le soltó haciendo la escena más dramática aun y en ese momento dejó caer su vestido. Ella estaba completamente desnuda frente a él, pero, ahora sin miedos, sin tabúes, era ella quien caminaba hacia adelante con ojos penetrantes y seductores, era ella quien ahora tocaba a su Rey.

Con la cama detrás de él, Atila tropezó dejándose caer y un segundo

después la mujer se le montó encima.

—Dulce mujer. Por tus venas también corre sangre de reyes.

Ella no supo si él trataba de convencerse de que estaba a punto de tener relaciones con parte de la muchedumbre o si solo había sido una frase al aire sin mucha importancia.

Pero, en ese instante las palabras sobran y ella seguía pidiendo mentalmente que le dieran todo lo que debían darle.

Atila ahora hizo prueba de su fuerza y la lanzó a un lado dejándola indefensa y lista para lo que él quisiera. Ella estaba en la cama esperando por él. Separaba sus piernas, mostrando ese fruto delicioso que incitaba a Atila a acceder a él sin piedad.

Bajando sus pantalones y acercándose a ella hizo la logró penetrar con el primer intento, su glande entró en un lugar prometido, entró donde solo los Dioses saben. Mientras más la penetraba, más sentía como la vagina de Carolina lo arropaba, sentía una presión que además de hacerlo ir con calma, lo inducía a ir hasta donde pudiese llegar.

La cabeza de la mujer estaba echada completamente hacia atrás y su rostro estaba contraído en una expresión- Su cuello estaba enrojecido por la intensidad de los besos y comenzaba a transpirar. Su boca abierta parecía estar preparándose para decir algo, sus ojos cerrados indicaban concentración y que tanto estaba disfrutando lo que le sucedía.

Atila por su parte estaba tratando de mantener el momento hasta su punto más crítico, ambos tenían poca experiencia, por circunstancias diferentes, pero llegaron así hasta el momento justo.

Entonces las penetraciones eran más frecuentes, estaban entrelazados en la cama. Ella estaba aferrada a los hombros del Rey, entre ellos no había barreras, entre ellos solo había una explosión de pasión y lujuria que debía continuar sin parar.

Carolina trataba de controlarse, pues, sin querer gritó un par de veces, fueron gritos ahogados, pero, posiblemente Atila no quería que nadie más supiera lo que le estaba haciendo a parte de la servidumbre que acababa de llevar a palacio.

Su cabeza estaba dando vueltas cuando el hombre de pronto la levantó sin dejar de penetrarla y se sentó en la cama. En esa posición ella se sintió con más poder de moverse como quería y sentía como él llegaba hasta lo más profundo de su ser. Ahora sí, los gritos no podían ser ahogados para nada.

Entonces lo mordió en el hombro derecho para tratar de callarse y esto

fue una explosión en Atila, no de furia sino de algo diferente. Lo que hizo que la penetrara con más fuerza y sin parar.

Parecían estar flotando a su alrededor, todo se movía a su ritmo, los gemidos callados, las respiraciones entrecortadas, las caricias, los besos, todo estaba en el mismo paquete, todo se correlacionaba dando entrada a una bestia de dos cuerpos que necesitaba más sexo.

Los movimientos eran cada vez menos bruscos, pero, con más fuerza. Chocaban sus cuerpos mientras sudaban sin parar, ella le pedía más mientras mordía con delicadeza el lóbulo de la oreja de Atila, entonces ella comenzó a sentir algo que comenzaba a cargarse por dentro, era como si muchas cosas estuviesen llagando a un mismo lugar.

Un orgasmo le hizo volar la mente hasta los lugares más inhóspitos, su vagina se contrajo de tal manera que sintió que estaba estrangulando el pene de su Rey, pero, ella no podía hacer nada al respecto, lo estaba disfrutando sin parar, está en un nuevo universo del cual no quería salir jamás. Pero, cuando justamente todo parecía calmarse, fue el turno del Rey.

Atila la tomó con fuerza y sus penetraciones fueron cada vez más rápidas. Se corrió dentro de ella sin ningún tipo de remordimientos, sin saber realmente lo que estaba haciendo, pero, dejándose llevar por la pasión que lo envolvía.

Ahora estaban acostados uno al lado del otro. Miraban el techo del palacio. Trataban de recuperarse de todo lo que habían pasado y seguían sumidos en un estado corporal diferente. Ella aún tenía algunos espasmos vaginales y él seguía con su erección en pleno apogeo.

Pero, entonces él se levantó y se colocó los pantalones.

—Te ruego que no cuentes a nadie lo que pasó. De hecho, es una orden.

A pesar de que las palabras de Atila le dolieron, era lo que ella estaba esperando, así que ella aceptó. El la miró de nuevo desnuda y tirada en la cama, pero se dio media vuelta y se retiró.

Carolina se quedó sola sin saber qué hacer. Entonces, prefirió vestirse de nuevo y esperar a ver si alguien iba a buscarla, pero, tocaron a la puerta solo cuando le tocaba comer, ese día ni siquiera pudo compartir la mesa con sus compañeras.

Ahora sí se sentía completamente sola. Recordaba cada segundo de lo que vivió con Atila, era algo increíble, las sensaciones experimentadas ese día fueron tan únicas que jamás las podría repetir con otro hombre.

Había estado con un Rey y no con un simple Rey, uno que era malvado

y que tenía lo que se le antojara, pero que la escogió a ella entre todas las mujeres. Se sentía bendecida y lista para aceptar lo que pasara de ahora en adelante.

El aroma en su piel nadie lo quitaría, las sensaciones nadie las borraría y de su mente jamás escaparía ni una imagen, ella podía cerrar los ojos en ese momento y no solo recordar, sino sentir todo lo que pasó.

Sí, tenía mucho más miedo que antes porque no había sido solo sexo, ella estaba segura que había algún tipo de sentimiento rondando todo esto, sabía que las cosas no quedarían así para ella, quizá sufriría los desprecios de Atila y eso la llevaría a una depresión mortal. Pero, por los momentos seguía en su cuarto, esperando noticias de su Rey, de su amante.

La buena noticia para ella es que esa noche sí concilió el sueño y apenas amaneció, tocaron a la puerta.

—El gran Rey Atila quiere verte. Está en su habitación.

VII

Tierra mancillada y deseo oscuro

Por la ventana se veía ya la última entrega de los agricultores. Se veían cansados y estaban siendo azotados por los hombres de Rey. Afuera, las cosas no parecían ir muy bien.

El plan estaba saliendo a la medida y ahora todos dependerían directamente de su nuevo Rey Atila, él tendría el poder sobre todos y estaría por encima de la muchedumbre, podría manejarlos a su antojo para que por fin salieran de esa mísera vida a la que estaban acostumbrados. Les haría construir un palacio más cómodo, les haría ver las diferencias reales entre un Rey y sus seguidores.

Controlando el agua y los alimentos era como controlar la economía. Nadie comería sin la orden del Rey y todo pasaría primero por palacio. Los tendría en sus manos y lamerían sus pies.

Esa necesidad de poder y de maldad era algo que le recorría completamente el cuerpo y nacía desde lo más profundo de su alma.

La puerta del cuarto se abrió y entró su madre. Colérica con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo has sido capaz de poner al pueblo en contra del mismo pueblo?

El seguía mirando por la ventana.

—Esto nunca lo hubiese permitido tu padre.

—Madre, ¿alguna vez le dijiste a mi padre como manejar su reino?

—Él no lo veía como tal. Para él era una responsabilidad obligada que cumplió hasta su último día.

Atila la miró con ojos encendidos, oscuros como solo él, con tanta maldad, podía tenerlos. En ese momento no era su madre a quién observaba sino a un obstáculo en sus planes. Se fue acercando a ella y la mujer permaneció firme frente a él.

—Ahora soy yo quien está al mando y por si no lo has notado, todos allá abajo me tienen miedo, todas están esperando que su Rey les dé algo de comida. No sabían cómo vivir realmente, necesitaban a alguien que los guiase, no como el blandengue de mi padre.

Una bofetada salió de la nada y resonó en la mejilla de Atila.

—Nunca más hables así de tu padre.

La mujer salió secándose el rostro y caminando velozmente.

Afuera estaba Carolina, quien estaba llegando justo cuando la reina salía de la habitación de su hijo, se veía algo molesta y desencajada.

Dudó por un momento, pero, tocó.

—Adelante. — Dijo Atila después de escuchar la puerta.

—A sus órdenes majestad.

La cara del hombre cambió rápidamente cuando escuchó la voz de la mujer. Respiró profundo.

—Por favor entra y cierra la puerta.

Carolina lo hizo con mucho cuidado tratando de evitar que se notaran sus nervios.

Se miraron mutuamente y aún permanecía esa chispa viva. La mejilla izquierda del Rey parecía un poco más colorada de lo normal, pero, ella dejó pasar ese detalle, lo importante era lo que le dijera, de eso dependería todo.

—Sabes que estamos cruelmente separados por la vida, Carolina, pero no puedo evitar sentir lo que siento por ti. Estoy siendo sincero y directo contigo.

Ella no sabía si dejar salir todo lo que sentía en ese momento, así que prefirió esperar hasta escuchar lo que Atila tenía que decir. Se quedó callada y con la mirada, ahora, fija en el suelo.

—Quiero que sigas estando a mi lado, Carolina. Quiero que intentemos esto hasta el fin.

Ella se sonrió un poco.

—Lo que vivimos anoche fue increíble y la verdad es que si no es contigo no creo conseguir a nadie más. Tu belleza traspasó mis ideales, nunca pensé tener pareja, puesto que nunca me rebajaría a estar con alguien del pueblo, pero, llegaste tú y... Todo cambió.

Carolina lo veía con algo de duda, pero, parecía sincero. No sería capaz de abrirse así ante una mujer que acababa de conocer, a menos que sintiera eso realmente.

—Siento que todo esto puede ser mentira, que estoy viviendo un sueño.

—Pero, no lo es, Carolina. No lo es. Estoy seguro de lo que te digo, además conmigo tendrás todo lo que desees. Comodidades, respeto, estatus, servidumbre... Nunca más tendrás que servirle a nadie y tus manos no trabajaran más con el barro.

Ella lo miró sin importarle más que las palpitaciones aceleradas de su corazón. Estaba feliz con lo que escuchaba y ya se sentía como una reina. Su

mente voló por todas esas promesas que él le hizo, era ella la única mujer que tendría al Rey, al Gran Atila. Carolina se regocijaba internamente y no paraba de sonreír.

—Anoche te soñé, Rey. Estábamos juntos en una...

—No me cuentes tu sueño. Hagámoslo realidad.

Ella lo miró.

—¿Pero, y el resto del pueblo que dirá?

—¿Acaso importa lo que diga un plebeyo sin estudios?

—Yo vengo de ese pueblo.

—El destino te hizo venir al lugar al que realmente perteneces.

Atila hablaba mientras se alejó de la mujer y abría una especie de caja fuerte hecha en oro.

—Tu y yo estamos hechos para estar juntos por siempre. Solo hizo falta un baño con agua real para hacer resaltar toda tu verdadera belleza.

Del cuello de Carolina colgó una prenda espectacular.

—Vestirás como reina, vivirás como tal. Nada te faltará mientras estés a mi lado, estoy siendo el hombre más honesto de la vida.

Ella se veía en el espejo, de nuevo un espejo enorme con un marco en oro.

Carolina se dejó llevar por todas las cosas que Atila le ofrecía y además él parecía sincero, cuando la miraba parecía hablarle desde el alma.

Otra joya cubría su cuello, está un poco más grande y llamativa.

La mujer se imaginaba caminando por los pasillos de palacio, usando esas prendas, tratando de ayudar a su pueblo de cualquier manera para que todos tuvieran esa igualdad de la que hablaba Atila siempre.

Entonces sus fantasías la llevaron a ese lugar único en el que estuvo el día anterior cuando hizo el amor con Atila. Ella sin pensarlo estaba de nuevo en sus brazos, esa pasión parecía no tener fin, estaban encantados con la belleza de cada quien, y necesitaban saciar su sed, su necesidad de sexo.

Cuando salió de su mundo paralelo, ella estaba inclinada sobre una mesa y Atila la penetraba fuertemente. Carolina se mantenía con las piernas bien abiertas en una extraña posición, pero, en el reflejo del espejo veía como su amante tenía el ángulo perfecto. La sostenía por las caderas y no paraba de follarla una y otra vez.

Ella lo sentía esta vez más cerca, como si ahora después de que hablaran, se quitara un peso de encima, el hombre estaba más enganchado a ella y Carolina no quería perder la oportunidad.

Sus nalgas rebotaban de la pelvis del Rey y ya estaban tan rojas como la mejilla de Atila unos minutos antes.

Él la miraba con una lujuria salvaje con ganas de hacerla suya las veces que fuese necesario. Los golpes eran cada vez más fuertes y ella lo disfrutaba tanto que esta vez decidió no ahogar sus gemidos y que él se diera cuenta cuan bien le estaba dando. Las joyas rebotaban de sus grandes pechos y a ella le encantaba eso, era la única, quizá, en todo el mundo que estaba siendo follada por un Rey usando sus joyas de oro.

Atila no la soltaba y cada vez que escuchaba un gemido le daba más fuerte, la piel de la chica estaba sensible por toda la acción. Ella no paraba de gemir estaba en una enrucijada de placer donde solo había una salida para todo eso.

Carolina se agarró con fuerza de la mesa, pero, ya no resistía los movimientos, se tambaleaba fácilmente y no dejaba de hacerlo. Entonces fue cuando Atila la movió firmemente hasta la cama, las ropas terminaron de salir y por fin se acurrucaron en ese remolino que solo ellos podían provocar.

Las sábanas de seda rozaban los pezones de ella y la hacían estremecerse mientras él la penetraba, pero, esta vez combinó todo con la caricia directa al clítoris con una de sus manos. La mujer volteaba los ojos hasta que parecía poseída por un espíritu y gritaba sin parar. Los orgasmos llegaban uno detrás del otro, no paraban, estaba a punto de desmayarse, pero, una nalgada la despertó por completo.

Esa sensación fue como si la revivieran por completo, como si le dieran una nueva vida para seguir estremeciéndose con las penetraciones, besos y caricias de su hombre. Ahora él también de alguna manera le pertenecía a ella.

No pararon de hacerlo por más de dos horas, los gemidos de la mujer se escucharon hasta afuera, pero, nadie se atrevió a decir absolutamente nada. Los pocos que escucharon serían unas tumbas al respecto.

Dentro del cuarto las pasiones estaban desbordadas, pero, los pueblerinos las pasaban un poco más feas afuera, bajo la lluvia, amenazados y ahora sin comida. Toda estaba en palacio y ellos necesitaban de ella para poder trabajar, pero eso era parte de la estrategia.

Los leales a Atila salían dando instrucciones a quienes más lo necesitaban, a esos que estaban rebeldes de alguna u otra forma.

Era fácil dejarse llevar por la tentación, pero, muchos estaban firmes en sus convicciones. No era justo para ellos dejar que las cosas pasaran así.

Entonces pasó lo que nadie quería, los pueblerinos también se armarían y estaban dispuestos a dejar la sangre sobre su tierra antes de vivir al mando de un Rey tan malvado.

Las condiciones eran justas, según los fieles: Si te unes a la causa del Rey habrá toda la comida y agua que necesiten tú y tú familia, de lo contrario pues, deberían conformarse con la ración diaria que les tocaba.

Muchos accedieron, pero, no estaría de su parte para siempre, las cosas parecían salirse de control y tarde o temprano podrían desaparecer por completo.

Ahora los guardias frente al palacio eran más, persuadidos por las nuevas leyes del Gran Atila, estaban armados y habían hecho una especie de muro de contención para evitar la entrada de quienes no eran bienvenidos o estaban buscando la manera de hacer frente al nuevo Rey.

Los días pasaban rápidamente y la reina estaba metida en su habitación, sin comer, sin habla y solo lloraba sin parar, saber que todo lo que habían logrado hasta ahora después de tanto esfuerzo podría desmoronarse era lo peor que le podía pasar y todo por culpa de su hijo.

Los alimentos salían hacia el pueblo en pequeñas porciones mientras que las comidas dentro del palacio eran enormes, todos comían hasta la saciedad tres o cuatro veces al día, lo que sobraba se lo lanzaban a los animales del Rey. Eran dos mundos completamente diferentes.

—Fíjate Carolina, ahora el pueblo come como debería. Está bien alimentado gracias a la nueva distribución de los alimentos. Nadie se queja y todos trabajan más fuerte para recibir lo que se merecen por ley.

Ella comía unas frutas mientras estaba sentada en un gran y cómodo sofá.

—Pensé que las cosas saldrían de otra manera, pero, me había equivocado contigo.

La mujer estaba tan ciega como podía estarlo, solo estaba dentro de palacio y las noticias que llegaban desde afuera eran dadas por los allegados fieles. Nunca pensó el verdadero tormento que pasaban sus iguales afuera.

En las noches corría por los pasillos del palacio la pasión desencadenada de los amantes, así como el cuerpo casi sin vida de la madre de Atila que salía a tratar de ver al pueblo que de seguro estaba muriendo afuera, pero, ella no lograba salir, así que deambulaba sin destino hasta que caía en una de las esquinas y uno de los sirvientes la recogía y la llevaba a su habitación.

Los gemidos se escuchaban tan fuertes, que atormentaban a los que

pasaban por donde ellos se disponían a tener sexo. Él, sin ningún tipo de pudor y ella cegada por el amor y todas las cosas que él le daba, se dejaba follar en cualquier parte del palacio, ya los empleados estaban acostumbrados con el paso de las semanas y evitaban caminar en las noches cerca de la habitación.

Así entonces Carolina se sentía una reina y quería que su pueblo la viera como tal, quería que ellos supieran que también ella era parte de todo el avance de ellos, que su reina también había ayudado en la mejoría en las comidas y en las raciones de agua, quería ver como habían avanzado los trabajos, y de seguro que pronto lo haría. Se sentía con la autoridad suficiente para hacerlo.

Sólo la verdadera reina y madre del Rey, sabía lo que sucedía afuera porque nunca creyó en el plan de su hijo.

Fue cuando apareció durante una cena en la que estaban presente Atila, Carolina y Enrique. Esa noche hablaban sobre algunas cosas interesantes del pueblo y de la nueva distribución de comida.

—Eres un mentiroso, Miguel Ángel III. Eres el peor Rey que ha pasado por estas tierras.

—Madre, por favor...

—Estás matando de hambre a tu pueblo. A quienes construyeron el palacio donde vives, ellos siembran el alimento que comes, son ellos los que hicieron la entrada directa de agua a palacio.

Atila se había levantado de la mesa y tenía las manos cerradas.

—Madre, ve a tu habitación ahora.

—¿Y si no?

Entonces uno de los guardias se acercó a la reina y ella lo paró en seco.

—Ni te atrevas a tocarme, pedazo de porquería. Traidor.

Atila le hizo una seña al hombre y este se alejó.

—Te llevaré yo, madre, ya es tiempo de que descanses.

Las manos de Atila no se relajaron ni por un segundo y sus ojos estaban profundamente oscuros.

Carolina lo miró aterrada, no entendía de la actitud de la reina en ese momento, la verdad, todo lo que dijo estaba muy raro y no era para nada parecido a lo que ella conocía con respecto a lo que pasaba afuera.

Entonces Atila tomó a su madre de un brazo, quien ya se había desplomado en llanto, y la llevó hasta su habitación.

—Siempre te dije que las cosas se harían a mi manera, madre. Nadie se

interpondría entre mis planes y yo.

La mujer cayó a la cama y lloraba sin parar.

—Pensé que de un momento a otro entenderías lo que realmente quería para este pueblo, pero, no fue así.

Afuera Enrique caminó hasta la habitación de la reina sin importarle las consecuencias de lo que haría, pero, la verdad tenía miedo por la reina en las condiciones en que estaba. Esa mujer le había brindado todo su amor cuando el más lo necesitó y quizá, solo necesitaba eso para reponerse.

Él sabía que los planes de Atila no estaban bien, pero, no era más que un simple servidor. Apuró su paso lo más que pudo y se desesperó por no llegar más rápido, la puerta parecía alejarse de él a cada paso entonces alcanzó el pomo con la punta de los dedos de su mano derecha y entró en el momento justo.

VIII

Las leyes son las leyes

La reina madre había muerto. La única persona buena que quedaba en palacio se había ido para siempre, así como las esperanzas de todos los que habitaban abajo.

Atila se encontraba en su habitación contemplando la espada que semanas antes había mandado a hacer. Era tan hermosa como lucía en la fotografía que dio de referencia, además tenía una gran “A” en el mango y brillaba más que nada, estaba hecha en oro.

Carolina entró sin llamar.

—¿Te encuentras bien?

Él no despegaba la vista de la espada.

—Creo que ella realmente nunca me quiso y se fue de este mundo creyendo que yo era el peor ser de la existencia.

—Era tu madre y por supuesto que te quería es solo que ella veía las cosas desde otro punto de vista. Estaba empeñada en algo que no era cierto.

Atila miró a su amante.

—El filo de esta espada es tan perfecto que podría partir a la mitad el aire que nos separa. ¿Qué crees que le pudiera hacer al cuerpo de alguien?

Carolina lo miró con una rara expresión, no entendía qué quería decir con esa pregunta y por eso permaneció callada.

—Es solo una pregunta al azar. —Completó el Rey.

Él dejó a un lado su espada y le extendió los brazos, ella se acercó y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—No habrá ceremonia para mi madre. Quienes la llevaron a la tumba no merecen darle un último adiós, estaremos solo los más allegados y la enterraremos en el pequeño mausoleo de la familia.

Su voz tenía un tono déspota y egoísta que jamás había escuchado.

—Esperaremos hasta esta tarde cuando todo esté listo y haremos los honores, mientras más rápido mejor.

Ambos salieron de la habitación justo cuando Enrique iba a tocar la puerta. El Rey y él se miraron fijamente por primera vez en mucho tiempo, pero, ni una palabra salió. Ambos comprendían el dolor por el que pasaban.

—Carol, nos vemos en el comedor principal en una hora. Yo debo arreglar algunas cosas para después hablar algo importante contigo.

Ella le sonrió y el Rey siguió su camino.

Carolina estaba un poco afectada por lo que había pasado. La reina había sido una mujer muy buena desde siempre, incluso antes de ser reina. Estaba pendiente del pueblo, buscaba soluciones y si debían ensuciarse las manos para hacer un jarrón de barro, lo hacía, más de una vez fue así.

En su habitación se encerró pensando en qué había podido llevarla a ese estado tan crónico, indudablemente estaba muy flaca y no estaba del todo cuerda, quizá la muerte de su esposo la atolondró más de lo que todos esperaban, pero, la verdad es que en su mirada había algo más que demencia.

Algo que había notado Carolina es que la habitación contigua a la principal no tenía ventanas, estaba completamente encerrada y no había ningún tipo de visión hacia afuera, pero, como últimamente pasaba los días al lado de Atila en la habitación principal era algo que le había restado total importancia, pero, ahora que estaba de vuelta ahí, le extrañó mucho.

Además, desde que llegó a palacio jamás pudo volver a salir, quizá estaba muy ocupada follando con el Rey, era verdad, pero, nunca buscó la manera de ir a visitar a quienes eran parte de su vida y la verdad lo había empezado a extrañar. Escuchar sus necesidades directamente iba a ser una buena razón para salir, la reconocerían y sabrían además donde estaba, de seguro muchos fueron a buscar jarrones y no estaba.

Pensó que ahora sería un buen momento para salir y contarles que todo estaría bien, Atila tendría un plan para hacer mejor las cosas, inclusive ahora que su madre no estaba.

Carolina se decidió y salió de inmediato, pero se encontró con Enrique frente a su puerta.

Por otro lado, Atila había salido a persuadir más al pueblo, tenía noticias de que muchos estaban sublevados y habían organizado un frente contra el Rey.

—Cuéntame qué es lo que pasa afuera.

Uno de los fieles y cabeza de batallón del Gran Rey Atila se acercó.

—Hay unos cien hombres con lanzas y antorchas afuera de palacio, señor. Amenazan con entrar.

—¿Tienen cómo hacerlo?

—Ni en un millón de años, señor. —El soldado sonrió con malicia.

—Perfecto, entonces si pretenden seguir con su jueguito, los aniquilan, que no quede ni uno y podrán sus cabezas en lanzas a la entrada del palacio para que el resto recuerde con quien se quieren meter.

El soldado saludó a su Rey y se retiró con nuevas instrucciones.

Atila se asomó por la ventana de la sala principal y se cercioró de que los gritos de los rebeldes no llegaran hasta la habitación, si no se escuchaban ahí, entonces hablaría sin problemas con Carolina en el comedor principal, que estaba estratégicamente más lejos.

Todo en orden.

Atila estaba completamente furioso, si fuese por él, saldría a acabar con toda esa escoria de sociedad que estaba afuera, él seguía pensando que el mundo necesitaba más reyes y menos seguidores, más personas de valor.

Golpeó la mesa con toda su fuerza y la misma se levantó un poco del lado opuesto a su manotón. Pero, después se sentó y trató de calmarse. Si se reuniría con Carolina no podía estar en ese estado.

Era la única mujer que realmente le había importado y por la que quizá había sentido amor, lo que ella le transmitía iba más allá de lo que cualquier mujer le podía dar. No era solo su belleza y fogosidad, era algo que los conectaba, pensar en ella lo hacía feliz y calmaba todas sus furias.

Uno de los trabajadores entró y consiguió al Rey sentado en la oscuridad.

—Gran Rey Atila, con su permiso. La reina está lista para sus honores.

Atila levantó la mano haciéndole un gesto al hombre. Iría de inmediato, pero, primero debía alistarse, así que la conversación con Carolina tendría que esperar un poco más., esperaba que a ella también le dieran la notificación.

Siguió a su cuarto.

Tardó alrededor de dos horas para completar su vestimenta, inclusive ponerse su corona que estaba recién pulida. Salió por la puerta y ya Carolina estaba con su mejor vestido, la cabeza en alto y su rostro neutro.

—¿Estás bien?

—Todo en orden. —Dijo ella poniendo su brazo para que el Rey la llevara.

Caminaron juntos hasta llegar al pequeño mausoleo donde estaba su madre en un ataúd de madera. Eso fue lo que él pidió, nada de adornos, nada de oro. Solo un ataúd para acabar con eso rápido.

Todos lloraban menos él, como siempre mantenía su personalidad sin importar el momento donde estaban.

Carolina a su lado soltó un par de lágrimas, pero, las secó de inmediato. Trataba de ser fuerte.

—Madre, no era tu momento, pero, así lo quiso el destino. ¡Adiós!

Esa fue la señal para que los encargados de hacer la fosa y enterrarla la bajaran y echaran tierra sobre ella.

Fue lo más insensible que todos, sin excepción, habían visto en sus vidas, pero, nadie se atrevió a decir nada. Era la decisión del Rey y solo él tomaba las mejores decisiones.

Aunque no sería la única que se tomaría aquella tarde.

De regreso caminaban por el comedor principal y pidió que trajeran algo de frutas para Carolina y él.

Ella se sentó frente a la silla de su Rey y lo miró a los ojos.

—Me encanta esa mirada.

—Y a mí la tuya, no sabes cuánto me hipnotiza. Es como entrar en un universo paralelo.

La fruta llegó y comieron un poco mientras hablaban.

—Lo cierto, Carolina es que quiero que ahora seas la nueva reina, no es necesario hacer una proclamación pública, pero, todos lo sabrán sin dudas.

—Tus decisiones siempre han sido llevadas a cabo con cautela y con la mejor de las ejecuciones, no veo porqué llevarte la contraría.

Atila se sonrió vehementemente y por un momento parecía que se olvidaba que media hora antes estaba enterrando a su madre, así que eso lo aprovechó Carolina.

—Creo que es hora de que te quites toda esa ropa y estés un poco más cómodo para que puedas dar a tu mujer lo que merece. Hoy me has tenido abandonada.

—Pero, estuve con lo de mi madre y...

La mujer puso un dedo sobre los labios de Atila y tomándolo de la mano lo guio hasta la habitación principal, definitivamente ella tenía la manera de tenerlo donde quería realmente.

Entraron cerrando con fuerza la puerta.

Ella comenzó a desvestirse poco a poco. El vestido se deslizaba con facilidad por su piel dejando ver cada vez más, se detuvo solo cuando tocó el suelo. Parecía que todo estaba planeado, pues no llevaba más debajo de ese vestido, sus senos redondos estaban dispuestos a que los tocaran y todo el resto de su cuerpo estaba en armonía cuando comenzó a caminar hacia el Rey que hacía lo propio con su vestimenta.

Ella lucía solo las joyas y una de ellas bailaba entre sus dos pechos con el movimiento de su caminar.

La sensualidad destilaba de su piel en ese instante de manera diferente, parecía haber concentrado todo su encanto para ese preciso momento. Pasó una mano por su abdomen y llegó hasta donde estaba su hombre.

Lo ayudó con la ropa y quedó casi completamente desnudo, entonces Carolina lo puso de espaldas a ella y buscó su pene para comenzar a masturbarlo sin parar.

El Rey estaba impresionado por la destreza de la mujer y la forma en como estaba manejando las cosas en ese momento, le encantaba que ella sintiera las mismas cosas que él. El deseo.

Con sus ojos cerrados escuchaba lo que la mujer le decía mientras se dejaba llevar completamente.

—Eres un hombre perfecto, Atila. Mi Gran Atila.

Él sentía los senos de la mujer en su espalda, la sensación era extraña, pero, le gustaba. Así que se sentía bien como estaba.

La masturbación fue aumentando la velocidad y con ellos el calor del momento. Estaba entrando en su mundo, en su encrucijada, en ese camino con un solo destino.

Entonces, tomando la mano del Rey y poniéndosela en su pene lo persuadió para que él siguiera sin parar, para que siguiera viendo todo ese mundo que tanto se imaginaba. Era algo que no podía comparar con nada, pues nunca lo había intentado y menos de esa forma. Una caricia de la chica recorrió su espalda sutilmente.

—Eres un hombre perfecto, Atila.

La concentración del hombre en la masturbación solo se vio interrumpida por una hoja afilada que travesaba el cuerpo del Rey. De pronto se dio cuenta que estaba en otra situación muy diferente.

En el rostro de Carolina había lágrimas, pero, mucho convencimiento de que hacía lo correcto. Entonces, en ese momento retorció la espada.

—Eso es lo que puede hacer tu espada a un cuerpo y no es menos de lo que le hiciste a mi pueblo.

La mujer soltó el arma y caminó hacia atrás.

—Mientras nosotros comíamos hasta el cansancio tú dejabas que ellos afuera murieran de hambre. Niños, jóvenes ancianos, no importaba quien.

Atila trataba de alcanzar el mango de la espada mientras se ahogaba en su propia sangre.

—Un par de ancianos murieron por que uno de tus soldados recibió una orden de que asesinaran a quien se acercara mucho al palacio.

Ella lloraba y gritaba todo lo que le decía.

—Me tuviste engañada durante todo este tiempo y me hiciste cómplice de toda tu maldad, me mantuviste encerrada para que yo no pudiera ver lo que realmente pasaba. ¿Pero, adivina qué? Mientras te bañabas hace un rato, salí al pueblo con la ayuda de uno de tus grandes amigos y lo que vi parecía la peor de las atrocidades.

Carolina estaba horrorizada, su rostro parecía estar transportándose a otro nivel.

—Había un niño en la entrada del palacio que pedía un poco de agua y tus hombres lo miraban como si de basura se tratara. Dirigían la mirada hacia otro lugar, eso pasaba mientras tu gastabas todos los litros que querías para asearte.

Atila intentaba mantenerse de pie, pero, cayó sobre sus rodillas y un charco de sangre que comenzó a formarse debajo de él.

—Regresé al palacio pensando en todo esto que ahora ves, todo mi deseo y amor se quedó con esas personas a las que maltrataste y que por tu culpa murieron, inclusive...

Carolina hizo una pausa y se tapó la boca.

—Inclusive tu propia madre, a quien asesinaste ahogándola con tus manos. Sí, fue un secreto que no duró mucho en el hombre que te descubrió haciéndolo, al que amenazaste durante toda su vida, pero, que perdió todo respeto por ti cuando te vio asesinando a la mujer que tanto lo quiso.

El peso de la espada parecía ir en aumento y entonces ya había dejado de intentar sacarla. Estaba seguro que moriría ahí de manos de la única mujer que había amado, de manos de esa a quién confió todo, pero, mantuvo engañada.

Un último suspiro salió del cuerpo del Gran Rey Atila ya cuando supo todo lo que debía saber. El destino del que tanto hablaba, lo cruzó con la mujer que cegaría su vida para incluso salvar la de ella en un futuro.

Quedó tendido en un charco de sangre de Reyes con una espada de oro atravesándole el tronco. No tuvo tiempo para reaccionar, no tuvo tiempo de hacer nada.

Carolina miró a su alrededor y lloró hasta que ya no tuvo más lágrimas para sacar. Entonces se dio media vuelta y desnuda como estaba, comenzó a caminar por el pasillo principal del palacio, iba quitándose las joyas y hasta se restregó la boca tratando de quitarse el sabor de la piel del Rey muerto.

Todos la miraron y pensaron que se había vuelto loca, pero, no era así.

Estaba en paz consigo misma y de alguna forma estaba vengando las almas de quienes cayeron de manos de Atila, lo que pasara con ella al salir no importaba, ella fue cómplice de todo eso que sucedió y lo menos que esperaba para ella era la muerte.

Enrique la observó a lo lejos justo antes de guindarse de una cuerda en el salón principal. Los gritos de la sirvienta parecían aullidos al encontrar el cuerpo del Rey ensangrentado y sin vida, ella no paró su andar y se mantuvo firme hasta el final cuando abrió la puerta frontal del palacio y salió bajo la lluvia que acababa de comenzar.

Los guardias voltearon observando el cuerpo desnudo de la dama, pero, con cautela, sabían que era la mujer del Gran Atila. Ninguno entendió lo que pasaba, la chica estaba como en un trance, en otro mundo su mirada estaba fija en el horizonte.

Entonces desde lo más profundo del palacio una de las sirvientas gritó:
—Detengan a esa mujer. ¡Ha asesinado al Rey!

La voz se hizo un gran eco que pareció expandirse por toda la comuna lo que la hizo feliz, pero, no paró en su caminar. Los guardias se fueron sobre ella, pero, Carolina no se inmutó ni un segundo.

La venganza estaba lista y la paz estaba de vuelta.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— [Comedia Erótica y Humor](#) —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM.: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de

cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.